

FRASES PARA LA REFLEXIÓN (19-07-17)

Leer es algo más creador que el paseo simple o ingenuo sobre las palabras. Leo tanto más y mejor cuando, enterándome de la esencia de lo que leo, me voy haciendo capaz de reescribir a mi manera lo leído y de escribir por mi cuenta lo aún no escrito. No es posible separar el leer del escribir.

Pedagogía de la indignación. Paulo Freire.

La comprensión de lo que se está leyendo o estudiando no sucede repentinamente como si fuera un milagro. La comprensión es trabajada, forjada por quien lee, por quien estudia, por quien, al ser sujeto de ella, debe instrumentarse para hacerla mejor. Por eso mismo leer, estudiar, es un trabajo paciente, desafiante, persistente. No es una tarea para gente demasiado apresurada o poco humilde que, en vez de asumir sus deficiencias, prefiere transferirlas al autor o a la autora del libro considerando que es imposible estudiarlo.

Cartas a quien pretende enseñar. Paulo Freire.

Generalmente, cuando se critica la educación, nuestro apego a la palabra hueca, a la verbosidad, se dice que su pecado es ser teórica. Se identifica así, absurdamente, teoría con verbosidad. Verdaderamente es teoría lo que nosotros precisamos, teoría que implique una inserción en la realidad, en un contacto analítico con lo existente, para comprobarlo, para vivirlo plenamente, prácticamente. En este sentido teorizar es contemplar; no en el sentido distorsionado que le damos de oposición a la realidad, de abstracción. Nuestra educación no es teórica porque le falta ese apego a la comprobación, a la invención, al estudio. Es verbosa, es palabrería, es sonora, es asistencialista, no comunica; hace comunicados, cosa bien diferentes.

La educación como práctica de la libertad. Paulo Freire.

Cuanto más pensamos en qué es enseñar, qué es aprender, tanto más descubrimos que no hay una cosa sin la otra, que los dos momentos son simultáneos, que se complementan, de tal manera que quien enseñar aprende al enseñar, y quien aprende enseña al aprender. [...]. En este momento, hablando con ustedes, yo estoy reconociendo estas cosas, estoy volviendo a saber estas cosas. De manera que en el proceso en que ustedes aprenden, ustedes me enseñan. ¿Cómo? A través de la mirada, de sus actitudes. El profesor atento, el profesor despierto, no aprende solamente en los libros, aprende en la clase, aprende leyendo en las personas como si fueran un texto. Mientras les hablo, yo como docente tengo que desarrollar en mí la capacidad crítica y afectiva de leer en los ojos, en el movimiento del cuerpo, en la inclinación de la cabeza. Debo ser capaz de percibir si hay entre ustedes alguien que no entendió lo que dije y en ese caso tengo la obligación de repetir el concepto en forma clara para ubicar a la persona en el proceso de mi discurso. En cierto sentido, ustedes están siendo ahora para mí un texto, un libro que necesito leer al mismo tiempo que hablo.

El grito manso. Paulo Freire.

Hay muchas personas para quienes detener la lectura de un texto en el momento en que surgen dificultades para su comprensión, a fin de recurrir a instrumentos de trabajo corrientes -diccionarios, incluyendo los de filosofía y ciencias sociales, los etimológicos, los de sinónimos, las enciclopedias, etc.- es una pérdida de tiempo. No. Por el contrario, el tiempo dedicado a la consulta de diccionarios y enciclopedias para elucidar lo que estamos leyendo es tiempo de estudio, no tiempo perdido. A veces las personas continúan la lectura esperando captar mágicamente, en la página siguiente, el significado de la palabra, si es que aparece de nuevo.

Leer un texto es algo más serio, que exige más. Leer un texto no es “pasar” en forma licenciosa e indolente sobre las palabras. Es aprender cómo se dan las relaciones entre las palabras en la composición del discurso. Es tarea del sujeto crítico, humilde, decidido.

Leer, como estudio, es un proceso difícil, incluso penoso a veces, pero siempre placentero también. Implica que el lector o la lectora se adentren en la intimidad del texto para aprehender su más profunda significación. Cuanto más hacemos este ejercicio en forma disciplinada, tanto más preparamos para que las futuras lecturas sean menos difíciles.

Leer un texto exige de quien lo hace, sobre todo, estar convencido de que las ideologías no han muerto. Por eso mismo, la que permea el texto, o a veces se oculta en él, no es necesariamente la de quien lo lee. De ahí la necesidad de que el lector adopte una postura abierta y crítica, radical y no sectaria, sin la cual cerrará el texto, prohibiéndose aprender algo de él, porque es posible que defienda posiciones antagónicas a las suyas. E, irónicamente, a veces esas posiciones son apenas diferentes.

En muchos casos ni siquiera hemos leído a la autora o al autor: hemos leído acerca de ella o de él y aceptamos las críticas que se les hacen sin ir directamente a sus textos. Las asumimos como nuestras.

Pedagogía de la esperanza. Paulo Freire.

Mi experiencia venía enseñándome que el educando precisa asumirse como tal, pero asumirse como educando significa reconocerse como sujeto que es capaz de conocer y que quiere conocer en relación con otro sujeto igualmente capaz de conocer, el educador, y entre los dos, posibilitando la tarea de ambos, el objeto de conocimiento. Enseñar y aprender son así momentos de un proceso mayor: el de conocer, que implica re-conocer. En el fondo, lo que quiero decir es que el educando se torna realmente educando cuando y en la medida en que conoce o va conociendo los contenidos, los objetos cognoscibles, y no en la medida en que el educador va depositando en él la descripción de los objetos, o de los contenidos.

El educando se reconoce conociendo los objetos, descubriendo que es capaz de conocer, asistiendo a la inmersión de los significados en cuyo proceso se va tornando también significador crítico. Más que ser educando por una razón cualquiera, el educando necesita volverse educando asumiéndose como sujeto cognoscente, y no como incidencia del discurso del educador. Es aquí donde reside, en última instancia, la gran importancia política del acto de enseñar.

Pedagogía de la esperanza. Paulo Freire.

Nadie llega solo a ningún lado, mucho menos al exilio. Ni siquiera los que llegan sin la compañía de su familia, de su mujer, de sus hijos, de sus padres, de sus hermanos. Nadie deja su mundo, adentrado por sus raíces, con el cuerpo vacío y seco. Cargamos con nosotros la memoria de muchas tramas, el cuerpo mojado de nuestra historia, de nuestra cultura; la memoria, a veces difusa, a veces tímida, clara, de calles de la infancia, de la adolescencia; el recuerdo de algo distante que de repente se destaca nítido frente a nosotros, en nosotros, un gesto tímido, la mano que se estrechó, la sonrisa que se perdió en un tiempo de incomprensiones, una frase, una pura frase posiblemente ya olvidada por quien la dijo. Una palabra por mucho tiempo ensayada y jamás dicha, ahogada siempre en la inhibición, en el miedo de ser rechazado que, al implicar falta de confianza en nosotros mismos, significa también la negación del riesgo.

Pedagogía de la esperanza. Paulo Freire.

Es preciso que el educador o la educadora sepan que su "aquí" y su "ahora" son casi siempre "allá" para el educando. Incluso cuando el sueño del educador es no sólo poner su "aquí y ahora", su saber, al alcance del educando, sino ir más allá de su "aquí y ahora" con él o comprender, feliz, que el educando supera su "aquí", para que ese sueño se realice tiene que partir del "aquí" del educando y no del suyo propio. Como mínimo tiene que tomar en consideración la existencia del "aquí" del educando y respetarlo. En el fondo, nadie llega allá partiendo de allá, sino de algún aquí. Esto significa, en última instancia, que no es posible que el educador desconozca, subestime o niegue los "saberes de experiencia hechos" con que los educandos llegan a la escuela.

Pedagogía de la esperanza. Paulo Freire.

El diálogo entre profesoras o profesores y alumnos o alumnas no les convierte en iguales, pero marca la posición democrática entre ellos o ellas. Los profesores no son iguales a los alumnos por n razones, entre ellas porque la diferencia entre ellos los hace ser como están siendo. Si fuesen iguales, uno se convertiría en el otro. El diálogo gana significado precisamente porque los sujetos dialógicos no sólo conservan su identidad, sino que la defienden y así crecen uno con el otro. Por lo mismo, el diálogo no nivela, no reduce el uno al otro. Ni es favor que el uno haga al otro. Ni es táctica mañera, envolvente, que el uno usa para confundir al otro. Implica, por el contrario, un respeto fundamental de los sujetos involucrados en el que el autoritarismo rompe o impide que se constituya. Tal como la permisividad, de otro modo, pero igualmente perjudicial.

No hay diálogo en el espontaneísmo como en el todopoderosismo del profesor o de la profesora. La relación dialógica no anula, como se piensa a veces, la posibilidad del acto de enseñar. Por el contrario, funda ese acto, que se completa y se sella en el otro, el de aprender, y ambos sólo se vuelven verdaderamente posibles cuando el pensamiento crítico, inquieto, del educador o de la educadora no frena la capacidad del educando de pensar o comenzar a pensar críticamente también. Por el contrario, cuando el pensamiento crítico del educador o de la educadora se entrega a la curiosidad del educando, si el pensamiento del educador o de la educadora anula, aplasta, dificulta el desarrollo del pensamiento de los educandos, entonces el pensar del educador, autoritario, tiende a generar en los educandos sobre los cuales incide un pensar tímido, inauténtico, o a veces puramente rebelde.

Pedagogía de la esperanza. Paulo Freire.

En el fondo, la universidad debe girar en torno a dos preocupaciones fundamentales de las que se derivan otras y que tienen que ver con el ciclo del conocimiento. Éste, por su lado, cuenta con dos momentos que se relacionan permanentemente: uno es el momento en que conocemos el conocimiento existente, ya producido, y el otro es aquel en que producimos el conocimiento nuevo. Aun cuando insista en la imposibilidad de separar mecánicamente estos dos momentos, aunque enfatice que son momentos de un mismo ciclo, me parece importante destacar que el momento en que conocemos el conocimiento existente es preponderadamente el de la docencia, el de enseñar y aprender contenidos, y el otro, el de la producción del nuevo conocimiento, es preponderadamente el de la investigación. En realidad, empero, toda docencia implica investigación y toda investigación implica docencia. No existe verdadera docencia en cuyo proceso no haya investigación como pregunta, como indagación, como curiosidad, creatividad, así como no existe investigación en cuya marcha no se aprenda necesariamente porque se conoce y no se enseñe porque se aprende.

Pedagogía del oprimido. Paulo Freire.

La diferencia sustancial en el caso del niño es que este puede imitar un gran número de acciones- si no un número ilimitado- que superan los límites de su capacidad actual. [...] La diferencia entre el nivel de las tareas realizables con ayuda de los adultos y el nivel de las tareas que pueden desarrollarse con una actividad independiente, define el área de desarrollo potencial del niño. [...] Lo que el niño es capaz de hacer con ayuda de los adultos lo llamamos zona de su desarrollo potencial. Esto significa que con ayuda de este método podemos medir no sólo el proceso de desarrollo hasta el momento presente y los procesos de maduración que ya se han producido, sino también los procesos que están ocurriendo aún, que solo están madurando y desarrollándose.

Lo que el niño puede hacer hoy con ayuda de los adultos. lo podrá hacer mañana por sí solo. El área de desarrollo potencial nos permite, pues, determinar los futuros pasos del niño y la dinámica de su desarrollo, y examinar no sólo lo que ya ha producido el desarrollo, sino lo que producirá en el proceso de maduración.

Psicología y pedagogía. Luria, Leontiev, Vigotsky.

Una clase no es un grupo pasivo de oyentes poco interesados y dominados por un enseñante, sino, por el contrario, un colectivo, un grupo de personas que, interactuando entre sí, persiguen un único fin. [...].

La comunicación es considerada como un factor del desarrollo mental. [...]. Pero para poder desarrollar este papel mayéutico, la comunicación verbal debe ser ante todo adecuada al nivel de desarrollo alcanzado por cada escolar en particular. Ahora bien, para que la comunicación verbal sea adecuada, es preciso que satisfaga por lo menos dos criterios:

Debe ser clara y precisa; debe ser capaz de hacer tomar conciencia de las contradicciones e insuficiencias de los viejos conceptos, de modo que cree las condiciones necesarios para iniciar un proceso constructivo.

Psicología y pedagogía. Luria, Leontiev y Vigotsky.

Educación significa, entre otras cosas, reprimir la espontaneidad. Soy consciente de que lo que digo parecerá blasfemo a más de un lector. La fascinación por la espontaneidad es, en efecto, uno de los mitos que han hecho que los fundamentos de la educación se tambaleen. El mito proclama que hay que tener en cuenta los impulsos más primarios del niño, no estropearlos interviniendo desde fuera y evitando de esta forma que desarrolle todo su potencial. Intervención es represión y la represión, por definición, es contraproducente y debe ser desterrada. [...].

Es obvio que las reglas reprimen la emotividad, el instinto y la espontaneidad, pero ¿no es precisamente éste un hecho característico de los humanos, el no hacer todo aquello que instintivamente haríamos, como lo hacen inevitablemente, porque no pueden hacer otra cosa, los animales? Ser espontáneo no es ninguna virtud ni un signo de inteligencia. Es una muestra de inteligencia, en cambio, ser capaz de mostrar la mejor cara de uno mismo, no la peor, que también la tenemos. Esto es, saber ser espontáneo cuando no hay problema en serlo y reprimir la espontaneidad cuando puede incomodar u ofender. Pues bien, el buen uso de la espontaneidad o se educa o no se aprende.

Creer en la educación. Victoria Camps.

La educación es importante porque evita la simplificación del concepto de libertad. Ser libre tiene un sentido negativo que quiere decir, exclusivamente, ausencia de normas, y un sentido positivo, que apunta a la capacidad individual de decidir y actuar libremente. Recordemos que hemos dicho que la autonomía moral consiste en la capacidad de la persona para decidir y pensar por sí misma, no en la ausencia total de normas, sino en la capacidad de crear normas propias."

Creer en la educación. Victoria Camps.

El hombre es un ser que vive conforme a unas reglas. La prueba más clara es el lenguaje, que es la característica humana más específica y que, como decía el filósofo vienés Ludwig Wittgenstein, "es un comportamiento sujeto a reglas". Sin respetar las reglas de la gramática y la sintaxis, sin unas convenciones semánticas que señalen qué nombre tiene cada cosa, la comunicación sería imposible, no nos entenderíamos. Hablar implica respetar unas reglas.

Creer en la educación. Victoria Camps.

Educación significa, entre otras cosas, reprimir la espontaneidad. Soy consciente de que lo que digo parecerá blasfemo a más de un lector. La fascinación por la espontaneidad es, en efecto, uno de los mitos que han hecho que los fundamentos de la educación se tambaleen. El mito proclama que hay que tener en cuenta los impulsos más primarios del niño, no estropearlos interviniendo desde fuera y evitando de esta forma que desarrolle todo su potencial. Intervención es represión y la represión, por definición, es contraproducente y debe ser desterrada. [...].

Es obvio que las reglas reprimen la emotividad, el instinto y la espontaneidad, pero ¿no es precisamente éste un hecho característico de los humanos, el no hacer todo aquello que instintivamente haríamos, como lo hacen inevitablemente, porque no pueden hacer otra cosa, los animales? Ser espontáneo no es ninguna virtud ni un signo de inteligencia. Es una muestra de inteligencia, en cambio, ser capaz de mostrar la mejor cara de uno mismo, no la peor, que también la tenemos. Esto es, saber ser espontáneo cuando no hay problema en serlo y reprimir la espontaneidad cuando puede incomodar u ofender. Pues bien, el buen uso de la espontaneidad o se educa o no se aprende.

Creer en la educación. Victoria Camps.

Fueron los tiempos de la escuela libre los que hicieron circular el eslogan de educar en libertad. Confieso que nunca entendí cómo se puede educar en la libertad si por tal entendemos un ambiente sin restricciones. El todo vale nunca ha sido la base para una educación que presuponga unos objetivos y unas metas a alcanzar. Si no estoy equivocada, los experimentos de la denominada escuela libre no han sido un éxito, porque el sintagma que une escuela y libre ya es, por sí mismo, un oxímoron, o lo que es lo mismo, una contradicción evidente. A la escuela no se va a disfrutar de la libertad sino a aprender y a formarse. Pues aunque el objetivo final de todo ello es, efectivamente, la autonomía de la persona, ésta ni es una condición de la educación ni se la puede dar por supuesta. ¿Para qué habría que educar si así fuera? Dicho de otra manera y en pocas palabras, la finalidad de la educación no puede ser educar en la libertad, sino, en todo caso, educar para la libertad, que quiere decir enseñar a ser libre, autónomo, a pensar y decidir por uno mismo y con buen criterio.

Crear en la educación. Victoria Camps.

De todos los sentimientos, el de la compasión y sus semejantes, como la amabilidad o la simple bondad, expresan mejor que ningún otro la dependencia intrínseca al ser humano. Si fuéramos capaces de concebirnos como seres dependientes, y no como seres autosuficientes -ha escrito MacIntyre-, tendríamos en nuestra forma de autoconcebirnos la base necesaria para la ética. De la misma opinión son los autores del bello libro *On Kindness*, para quienes dicha virtud no debe ser vista sólo como “la solución al problema de los otros”, sino como la expresión de la interdependencia esencial humana:

La sociedad occidental moderna se resiste a esta verdad fundamental, al valorar por encima de todo la independencia. Necesitar a los demás es percibido como una debilidad. Sólo a niños pequeños, a los enfermos y a los muy ancianos se les permite la dependencia con respecto a los demás; para el resto, la autosuficiencia y la autonomía son las virtudes cardinales. La dependencia es despreciada incluso en las relaciones íntimas como si fuera incompatible con la confianza en uno mismo, en lugar de ser vista como lo único que la hace posible. El amante o el esposo ideal es un agente libre para quien el dar o recibir amor es una opción de usar y tirar; incluso en ese ámbito de deseos y anhelos intensos, es a fin de cuentas despreciable.

El gobierno de las emociones. Victoria Camps.

Uno de los ejemplos que Kant puso para explicar el imperativo categórico fue el del cumplimiento de las promesas. Cumplir la promesa dada es un deber moral porque, de lo contrario, la promesa carece de sentido. Quiere decir que es un deber moral porque, a su vez, es un requisito lógico. ¿Qué sentido tendría prometer si la promesa fuera siempre acompañada de la intención de no cumplir nada de lo prometido? El otro ejemplo de imperativo moral, también en Kant, es decir la verdad. Las razones son las mismas, por pura lógica, ya que mentir es transgredir el presupuesto básico de la comunicación que consiste en confiar en que el otro dirá la verdad y no se dedicará a mentir sistemáticamente. Más aún, en “*La paz perpetua*”, Kant reformula el imperativo moral como el imperativo de la publicidad, que se enuncia así: “Son injustas todas las acciones que se refieren al derecho de otros hombres cuyos principios no soportan ser publicados”. Dicho en lenguaje llano: solo aquello que puede hacerse público es justo; lo que se reviste de opacidad no es de fiar. Pues bien, esos tres ejemplos kantianos ponen de manifiesto en qué consiste la integridad moral y cuáles son las bases de la confianza. El que cumple las promesas, los pactos, los contratos, y que, por lo tanto, es sincero con los demás y, por lo mismo, es transparente en sus manifestaciones, ése merece toda la confianza.

El gobierno de las emociones. Victoria Camps.

Acabo con una cita de John Stuart Mill, el filósofo que mejor ha entendido la libertad como el intento de no sucumbir al despotismo de la costumbre y de la sociedad. Dice Mill: "Quien deja que el mundo -o el país donde vive- escoja por él su plan de vida no necesita de otra facultad que la de la imitación simiesca. En cambio, quien elige su propio plan pone en juego todas sus facultades". El libro de Mill está precedido de un párrafo en el que su autor reconoce que sin el concurso y, sobre todo, inspiración de Harriet Taylor no hubiera llegado a la concepción de la libertad que defiende. Fue la relación afectiva e intelectual con una mujer que quiso ser libre lo que le enseñó que cualquier subordinación es una negación del respeto que uno se debe a sí mismo y que la libertad es una conquista del individuo.

El gobierno de las emociones. Victoria Camps.

Transformad esas antiguas aulas, suprimid el estrado y la cátedra del maestro, barrera de hielo que lo aísla y hace imposible toda intimidad con el discípulo; suprimid el banco, la grada, el anfiteatro, símbolos perdurables de la uniformidad y del tedio. Romped esas enormes masas de alumnos; por necesidad constreñidas a oír pasivamente una lección, o alternar en un interrogatorio de memoria, cuando no a presenciar desde distancias increíbles ejercicios y manipulaciones de que apenas logran darse cuenta. Sustituid en torno del profesor, a todos esos elementos clásicos, un círculo poco numeroso de escolares activos, que piensan, que hablan, que discuten, que se mueven, que están vivos [...] y entonces la cátedra es un taller, y el maestro, un guía en el trabajo; los discípulos, una familia; el vínculo exterior se convierte en ético e interno; la pequeña sociedad y la grande respiran un mismo ambiente; la vida circula por todas partes y la enseñanza gana en fecundidad, en solidez, en atractivo, lo que pierde en pompa y en gallardas libreas.

Francisco Giner de los Ríos y su legado pedagógico.

Transformad esas antiguas aulas, suprimid el estrado y la cátedra del maestro, barrera de hielo que lo aísla y hace imposible toda intimidad con el discípulo; suprimid el banco, la grada, el anfiteatro, símbolos perdurables de la uniformidad y del tedio. Romped esas enormes masas de alumnos; por necesidad constreñidas a oír pasivamente una lección, o alternar en un interrogatorio de memoria, cuando no a presenciar desde distancias increíbles ejercicios y manipulaciones de que apenas logran darse cuenta. Sustituid en torno del profesor, a todos esos elementos clásicos, un círculo poco numeroso de escolares activos, que piensan, que hablan, que discuten, que se mueven, que están vivos [...] y entonces la cátedra es un taller, y el maestro, un guía en el trabajo; los discípulos, una familia; el vínculo exterior se convierte en ético e interno; la pequeña sociedad y la grande respiran un mismo ambiente; la vida circula por todas partes y la enseñanza gana en fecundidad, en solidez, en atractivo, lo que pierde en pompa y en gallardas libreas.

Francisco Giner de los Ríos y su legado pedagógico.

Un requisito previo para la originalidad es sin duda que una persona no se sienta inclinada a imponer sus ideas preconcebidas sobre un hecho cuando está ante él. Más bien ha de estar dispuesta a aprender algo nuevo, incluso aunque esto signifique que las ideas o conceptos con los que se siente identificada se derrumben.

Sobre la creatividad. David Bohm.

La originalidad y la creatividad empiezan a emerger, no como algo que es el resultado de un esfuerzo por alcanzar una meta planeada y formulada, sino como el subproducto de una mente que está logrando un orden de funcionamiento casi normal. Ésta es la única forma en que pueden surgir la originalidad y la creatividad, pues cualquier intento de alcanzarlas a través de acciones o ejercicios planificados es una negación de la propia naturaleza de lo que uno espera conseguir. Por esta razón, la originalidad y la creatividad sólo se pueden desarrollar si suponen la fuerza esencial que impulsa el verdadero primer paso.

Esto significa que dar el primer paso depende de cada persona por sí misma, sin seguir a otra o nombrar a otra como autoridad para que le diga lo que es la creatividad y le aconseje cómo alcanzarla. A menos que empecemos a descubrirla por nosotros mismos, en lugar de querer alcanzar la aparente seguridad de los patrones de acción predefinidos, no haremos más que engañarnos y malgastar nuestras fuerzas. Darnos cuenta de este hecho es muy difícil. Sin embargo, hemos de conseguir percatarnos de ellos, y determinar que nuestro funcionamiento psicológico cuando seguimos cierta clase de patrones es la mismísima esencia de lo que significa ser mediocre y mecánico.

Sobre la creatividad. David Bohm.

Se aprende mediante el planteamiento de problemas. El pensamiento se puede y se debe educar porque necesita ser desarrollado, alimentado y porque espontáneamente en él prevalecen la simplicidad y la uniformidad, a veces las analogías superficiales. Hay que enseñar a cuidarse de la variedad de los particulares, de las excepciones. Hay que enseñar a pensar. Pero no existe un método para pensar, sino que pensar es el método. Pensar es el método de la experiencia inteligente, cuando se parte de la idea de que su producto es como la obra de arte: no puede establecerse de antemano.

Las escuelas antiguas (como siguen siéndolo muchas de las escuelas, porque en los sistemas educativos se siguen inconscientemente ideas platónico-aristotélicas) juzgan los resultados o productos, la respuesta correcta, no el proceso. En ellas se parte de la convicción de que sólo hay un mapa del territorio, el mapa verdadero, el que los alumnos deben aprender y repetir. Lo atestiguan la permanencia de los programas de las materias y de los libros de texto. No se ha entendido que más importante que el aprendizaje y repetición es el desarrollo de hábitos mentales efectivos.

Comprender algo es captar su significado, pero al significado se llega gracias a la práctica, al uso. No se puede pensar en general sino a partir de situaciones vividas. La dificultad de la educación formal consiste en asegurar la existencia de situaciones vividas, plantear problemas que conduzcan a trazar mapas para territorios, crear experiencias significativas en las que los niños y los jóvenes se vean inmersos. Hoy en día, en cambio y por desgracia, como en los tiempos en los que vivió Dewey, parece que los únicos problemas en los que los alumnos piensan más a menudo se reduce a averiguar qué piensa el profesor y qué tienen que contestar para que la respuesta sea justa.

La educación. John Dewey.

Crear que una meta es deseable y alcanzable no mueve automáticamente a un individuo a actuar. El individuo debe decidir poner su mente en acción. Los que simplemente esperan a que sus estimaciones conscientes y subconscientes los pongan en marcha a menudo se encuentran no haciendo nada o dejándose ir sin ningún propósito definido.

Motivación en contextos educativos. Pintrich & Schunk

Según la filósofa Susanne Langer: El verdadero poder de la música radica en el hecho de que puede ser fiel a la vida de los sentimientos, de un modo en el que el lenguaje no puede serlo, pues sus formas significantes poseen esa ambivalencia de contenido que no pueden tener las palabras [...] La música es reveladora allí donde las palabras son oscuras, porque puede tener no sólo un contenido sino un juego transitorio de contenidos. Puede articular sentimientos sin atarse a ellos [...] La atribución de significados es un juego cambiante, caleidoscópico, probablemente debajo del umbral de la conciencia y sin duda fuera de los límites del pensamiento discursivo. La imaginación que responde a la música es personal, asociativa y lógica, teñida de afecto, de ritmo corporal y de ensueño, pero comprometida con un caudal de formulaciones para su caudal de conocimiento no verbal, o sea todo su conocimiento de la experiencia emocional y orgánica, de impulso vital, el equilibrio, el conflicto, los modos de vivir y morir y sentir. Dado que ninguna atribución de significado es convencional, ninguna es permanente más allá del sonido que pasa; pero la breve asociación fue un destello de comprensión, su efecto perdurable es, como el primer efecto del habla sobre el desarrollo de la mente, el de hacer que las cosas resulten creíbles, más que el de acumular proposiciones.

Arte, mente y cerebro. Una aproximación cognitiva a la creatividad. Howard Gardner.

Señores, este verano he enseñado a hablar a mi perro. Está ahí fuera, y si quieren puede entrar para hacerles una demostración". Ante la unánime y entusiasta aceptación de los alumnos, introduce al perro que se tumba parsimoniosamente delante de a mesa. Pasan cinco minutos y el perro no dice ni una palabra. Pasan otros cinco minutos, con el mismo mutismo canino. Un alumno se levanta y dice: "Señor profesor, su perro no habla". El profesor esboza una complacida sonrisa de ahí-quería-llegar y responde: "Recuerden que yo he dicho que había enseñado a hablar a mi perro, no que mi perro hubiera aprendido". En efecto, es algo que tenemos que recordar. Lo importante no es que enseñemos. Lo importante es que aprendan.

Los secretos de la motivación. José Antonio Marina.

La justicia es la primera virtud de las instituciones sociales, como la verdad es de los sistemas de pensamiento. Una teoría, por muy atractiva, elocuente y concisa que sea, tiene que ser rechazada o revisada si no es verdadera; de igual modo, no importa que las leyes e instituciones estén ordenadas y sean eficientes: si son injustas han de ser reformadas o abolidas. Cada persona posee una inviolabilidad fundada en la justicia que ni siquiera el bienestar de la sociedad en conjunto puede atropellar. Es por esta razón por la que la justicia niega que la pérdida de libertad para algunos se vuelva justa por el hecho de que un mayor bien es compartido por otros. No permite que los sacrificios impuestos a unos sean compensados por la mayor cantidad de ventajas disfrutadas por muchos. Por tanto, en una sociedad justa, las libertades de la igualdad de ciudadanía se dan por establecidas definitivamente; los derechos asegurados por la justicia no están sujetos a regateos políticos ni al cálculo de intereses sociales. Lo único que nos permite tolerar una teoría errónea es la falta de una mejor: análogamente una injusticia sólo es tolerable cuando es necesaria para evitar una injusticia aún mayor. Siendo las primeras virtudes de la actividad humana, la verdad y la justicia no pueden estar sujetas a transacciones.

Teoría de la justicia. John Rawls.

Quien acompaña no debe en absoluto tocar la parte del que toca o canta, como no sea que pretenda darle lecciones u ofenderlo (...). Para terminar, no tengo más remedio que afirmar que aquél que no posea más habilidades que las de tocar las notas a tiempo y realizar los acordes cifrados, por muy bien que lo haga, es un mezquino acompañante.

Francesco Geminiani.

Yo, normalmente, no escribo porque sepa hacerlo, sino con el fin de aprender, elevando el conocimiento subconsciente al campo de la visión del consciente.

Hermann Keiserling.

Cuando la mirada sólo se dirige inflexiblemente al objetivo, al éxito, a la vivencia de una obra de arte, no se perciben numerosas posibilidades que allanan el camino hacia dicho éxito y que en verdad lo condicionan. Esto puede sonar paradójico, pero en realidad es una sencilla verdad: el objetivo no se pierde de vista cuando se dirigen los esfuerzos a aspectos particulares del camino hacia este objetivo y uno se ocupa de ellos de manera aislada. Es entonces cuando en verdad se alcanza el objetivo.”

Interpretación, del texto al sonido. Gerhard Mantel.

El alumno obediente que primero se aprende las notas y al que después, como recompensa, se le permite ponerles música. Por importantes que sean, si las notas van primero, el peligro es que la música seguirá a nuestra técnica, en lugar de guiarla, condicionada por nuestro nivel de habilidad y también, hay que decirlo, por nuestros defectos.

En respuesta a estas objeciones, mis alumnos frecuentemente sugieren escuchar una grabación, como un modelo de interpretación. Sin embargo, aunque es un paso en la dirección correcta -ya que da prioridad a la música-, es un atajo de perezosos, el equivalente musical a buscar la respuesta al final del libro. Si nos limitamos a copiar la manera en que otros tocan, estamos admitiendo que lo que nosotros podemos ofrecer es de segunda categoría. De nuevo, es un mal empleo de la primera fase: si no tenemos nuestras propias ideas, no podemos evitar que otros nos influyan excesivamente.

La interpretación musical. John Rink (ed.)

Estaba tocando el primer movimiento del Concierto para piano en La mayor K. 488 de Mozart, y mis dedos se confundieron momentaneamente en la transición anterior al segundo tema. Inmediatamente, comencé a repetir el pasaje y corregir el desliz; sin embargo, Smith (el profesor) me detuvo y me dijo que practicara el pasaje tocando las semicorcheas de la mano derecha lentamente (sin la partitura) pero con un solo dedo. Esa extraña instrucción resultó inmediatamente reveladora. Al eliminar la memoria física (de mi digitación) me vi forzado a reconstruir el pasaje de oído, cosa que (vergonzosamente) no fui capaz de hacer.

La interpretación musical. John Rink (ed.)

El aprendiz de compositor de los siglos XVII y XVIII también adquiriría su oficio mediante la improvisación, pero en su caso no era tanto una cuestión de improvisar contrapuntos como de improvisar armonías sobre un bajo cifrado. Pero los pedantes de finales del XVIII que convirtieron el contrapunto y la armonía en un trabajo “sobre el papel” cargaron con una gran responsabilidad; forzaron al oído a rendirse ante la vista y quebraron el eslabón de la cadena de la improvisación que en las anteriores épocas había unido a compositores, intérpretes y audiencia.

La interpretación de la música. Thurston Dart.

Ilustración significa el abandono por parte del hombre de una minoría de edad cuyo responsable es él mismo. Esta minoría de edad significa la incapacidad para servirse de su entendimiento sin verse guiado por algún otro. Uno mismo es el culpable de dicha minoría de edad cuando su causa no reside en la falta de entendimiento, sino en la falta de resolución y valor para servirse del suyo propio sin la guía de algún otro. Sapere aude! ¡Ten valor para servirte de tu propio entendimiento! Tal es el lema de la Ilustración.

Pereza y cobardía son las causas merced a las cuales tantos hombres continúan siendo con gusto menores de edad durante toda su vida, pese a que la Naturaleza los haya liberado hace ya tiempo de una conducción ajena (haciéndoles físicamente adultos); y por eso les ha resultado tan fácil a otros el erigirse en tutores suyos. Es tan cómodo ser menor de edad. Basta con tener un libro que supla mi entendimiento, alguien que vele por mi alma y haga las veces de mi conciencia moral, a un médico que me prescriba la dieta, etc., para que yo no tenga que tomarme tales molestias. No me hace falta pensar, siempre que pueda pagar; otros asumirán por mí tan engorrosa tarea. El que la mayor parte de los hombres (incluyendo a todo el bello sexo) consideren el paso hacia la mayoría de edad como algo harto peligroso, además de muy molesto, es algo por lo cual velan aquellos tutores que tan amablemente han echado sobre sí esa labor de superintendencia. Tras entontecer primero a su rebaño e impedir cuidadosamente que esas mansas criaturas se atrevan a dar un solo paso fuera de las andaderas donde han sido confinados, les muestran luego el peligro que les acecha cuando intentan caminar solos por su cuenta y riesgo. Mas ese peligro no es ciertamente tan enorme, puesto que finalmente aprenderían a caminar bien después de dar unos cuantos tropezones; pero el ejemplo de un simple tropiezo basta para intimidar y suele servir como escarmiento para volver a intentarlo de nuevo.

Así pues, resulta difícil para cualquier individuo el zafarse de una minoría de edad que casi se ha convertido en algo connatural. Incluso se ha encariñado con ella y eso le hace sentirse realmente incapaz de utilizar su propio entendimiento, dado que nunca se le ha dejado hacer ese intento. Reglamentos y fórmulas, instrumentos mecánicos de un uso racional -o más bien abuso- de sus dotes naturales, constituyen los grilletes de una permanente minoría de edad. Quien lograra quitárselos acabaría dando un salto inseguro para salvar la más pequeña zanja, al no estar habituado a semejante libertad de movimientos. De ahí que sean muy pocos quienes han conseguido, gracias al cultivo de su propio ingenio, desenredar las ataduras que les ligaban a esa minoría de edad y caminar con paso seguro.

¿Qué es la Ilustración? Immanuel Kant.

El mejor recurso para comprender es producir. Lo que, más o menos, se aprende por sí mismo, es lo que se aprende más sólidamente y lo que mejor se conserva.

Pedagogía. Immanuel Kant.

Muchas veces el hombre se muestra dispuesto a hacer algo que no sabe si haría llegado el momento, como el caso de quien piensa a menudo que, de tocarle el premio “gordo” en la lotería, le gustaría llevar a cabo tal o cual acción magnánima, siendo ésta una declaración de intenciones completamente estéril. Algo parecido ocurre con el malhechor que ve aproximarse a la muerte, albergando entonces la más honrada y sincera intención; ésta puede ser todo lo sincera que se quiera, pero no tiene modo de saber si la llevaría a cabo en caso de librarse de la muerte, pues en esas condiciones es incapaz de imaginar que, si se librara se ésta, bien pudiera volver a ser el mismo bribón de antes. Sin duda, uno puede cambiar, pero no tan de repente. El hombre ha de ir conociéndose poco a poco.

Lecciones de ética. Immanuel Kant.

Los hombres tienen dos maneras de valorarse; según se comparen con la idea de perfección o en relación con los demás. Si uno se valora de acuerdo con la idea de perfección, encuentra en ésta una magnífica piedra de toque; en cambio, si se valora sirviéndose de la comparación con los demás, los resultados así obtenidos pueden llegar a ser los contrarios de la valoración realizada conforme a la idea de perfección, pues todo depende aquí de cuál sea la condición de aquellos con los que uno se compara. Cuando uno se compara con la idea de perfección, siempre queda muy rezagado con respecto a ella y tiene que afanarse mucho para asemejarse a la misma, mientras que si se compara con los demás puede decidir poseer un gran valor, en la medida en que aquellos con quienes se compara pueden ser unos consumados canallas. Los hombres prefieren compararse con los demás y valorarse conforme a ello, pues de esa comparación obtienen un resultado mucho más favorable. Incluso eligen siempre los peores en vez de los mejores de entre aquellos con los que quieren compararse, ya que de esta forma pueden descollar mejor. Si se comparan con personas que poseen mayor valor, el resultado de su autovaloración será desfavorable. En estas circunstancias quedan únicamente dos maneras de igualarse con la perfección de los demás, o bien intento conseguir para mí la perfección que el otro posee, o bien trato de rebajar su perfección. Así pues, o incremento mi perfección o disminuyo la perfección de los demás, de modo que yo aparezca en todo momento como superior. Ahora bien, como esto último es lo más cómodo, los hombres prefieren rebajar la perfección de los demás antes que elevar la suya. Éste es el origen de los celos. Cuando los hombres se comparan con los demás y encuentran en el prójimo perfecciones, se ponen celosos por cada perfección descubierta en los otros e intentan rebajarlas para que sobresalgan las suyas. Éstos son los celos envidiosos. Pero si trato de aumentar mis perfecciones de forma que se asemejen a las de otro, se trata entonces de una emulación. Los celos constituyen, pues, un género formado por dos especies: celos envidiosos y celos emuladores. Siendo así que los celos emuladores entrañan un esfuerzo mucho mayor, es natural que los hombres sucumban antes los celos envidiosos.

Lecciones de ética. Immanuel Kant.

Los conceptos teológicos resultan ser tanto más corruptos cuanto más degenerados estén los conceptos morales. Si en la teología y en la religión los conceptos de la moral fueran puros y santos, no sería preciso esforzarse por agradar a Dios de una manera humana e inconveniente. Cada uno se representa a Dios según el concepto más extendido como un grandioso Señor que es más poderoso que el señor más poderoso aquí en la tierra. De ahí que cada niño se configure también un concepto de moralidad conforme al concepto que se ha formado de Dios. Por eso los hombres se esfuerzan por ser gratos a Dios ensalzándole e intentado conquistar su simpatía y le alaban como si se tratara de ese gran Señor que no encontramos aquí en la tierra; los hombres conocen sus propios vicios y piensan que todo hombre debe tener vicios parecidos, de suerte que nadie estaría en situación de hacer algo bueno; creen que presentando sus pecados de rodillas ante Dios y lamentándose por ello le honran, sin darse cuenta de que tan pobre alabanza por parte de semejantes gusanos -cual son los hombres- es algo reprobable a los ojos de Dios. No advierte que no puede alabar a Dios en absoluto. Honrar a Dios es ejecutar de buen grado sus mandatos, y no cantar sus alabanzas. Sin embargo, cuando un hombre moral se esfuerza por aplicar la ley moral en virtud de un móvil interior, basado en la bondad intrínseca de la acción, sí que están honrando a Dios. Pero si debemos ejecutar sus mandatos porque así lo ha ordenado y porque es tan poderoso que nos puede obligar a ello por la fuerza, entonces los ponemos en práctica por un mandamiento, por miedo y temor, sin considerar para nada la justicia de la prescripción y sin saber por qué debemos hacer lo que Dios ha ordenado y por qué debemos obedecerle; en definitiva, la vis obligandi no puede consistir en la fuerza. Quien así amenaza, no obliga, sino que extorsiona. Si debemos ejecutar la ley moral por miedo al castigo y no al poder de Dios, eso significa que no hacemos lo que Dios ordena por deber y obligación, sino por temor, lo cual, desde luego, no mejor nuestro corazón.

Lecciones de ética. Immanuel Kant.

Este proceder jamás puede reivindicar el sumamente raro mérito de alcanzar una popularidad filosófica, ya que no hay arte alguno en hacerse comprender fácilmente cuando uno renuncia con ello a un examen bien fundado, trayendo a colación una repulsiva mezcolanza de observaciones compiladas atropelladamente y principios a medio razonar con la que sí se deleitan las cabezas más banales, por encontrar allí algo utilizable para sus parloteos cotidianos, mientras lo más perspicaces quedan sumidos en la perplejidad y se sienten descontentos por no saber mirarla con desdén, aunque a los filósofos que descubren el engaño se les preste una escasa atención cuando, después de haber esquivado durante tiempo esa presunta popularidad, podrían aspirar a ser populares con toda justicia tras haber adquirido una determinada evidencia.

Fundamentación para una metafísica de las costumbres. Immanuel Kant.

Hay otra cosa importante en la enseñanza del amor sexual. Los celos no debieran considerarse como una porfía basada en un derecho, sino como una desgracia para quien los padece y como una equivocación en cuanto a su finalidad. Cuando la idea de posesión interviene en el amor, este pierde su capacidad vivificante y devora la personalidad; cuando tal idea no existe la personalidad se agranda y aumenta la intensidad vital. En épocas pasadas los padres malograban las relaciones con sus hijos hablándoles del amor como un deber. Maridos y mujeres malogran también sus relaciones con frecuencia por la misma equivocación. El amor no puede ser un deber porque no está sometido a la voluntad. Es un don divino, el mejor que los dioses nos pueden conceder. Quienes lo encierran en una jaula, destruyen la belleza y la alegría que sólo puede tener en libertad. Una vez más, el miedo es el enemigo. Quien teme perder lo que constituye la felicidad de su vida, ya lo ha perdido. En esto, como en otras cosas, el valor es la esencia de la sabiduría.

Sobre educación. Bertrand Russell.

Ahora nos aburrirnos menos que nuestros antepasados, pero tenemos más miedo de aburrirnos. Ahora sabemos, o más bien creemos, que el aburrimiento no forma parte del destino natural del hombre, sino que se puede evitar si ponemos suficiente empeño en buscar excitación. En la actualidad, las chicas se ganan la vida, en gran parte porque esto les permite buscar excitación por las noches y escapar del "agradable rato en familia" que sus abuelas tenían que soportar. Todo el que puede vive en una ciudad; en Estados Unidos, los que no pueden, tienen coche, o al menos una motocicleta, para ir al cine. Y por supuesto, tienen radio en sus casas. Chicos y chicas se encuentran con mucha menos dificultad que antes, y cualquier chica de servicio espera disfrutar, por lo menos una vez a la semana, de tal cantidad de excitación que a una heroína de Jane Austen le habría durado toda una novela. A medida que ascendemos en la escala social, la búsqueda de excitación se hace cada vez más intensa. Los que pueden permitírselo están desplazándose constantemente de un lado a otro, llevando consigo alegría, bailes y bebida, pero por alguna razón esperan disfrutar más de estas cosas en un sitio nuevo. Los que tienen que ganarse la vida reciben obligatoriamente su cuota de aburrimiento en las hora de trabajo, pero los que disponen de dinero suficiente para librarse de la necesidad de trabajar tienen como ideal una vida completamente libre de aburrimiento. Es un noble ideal, y líbreme Dios de vituperarlo, pero me temo que, como otros ideales, es más difícil de conseguir que lo que suponen los idealistas. Al fin y al cabo, las mañanas son aburridas en proporción a lo divertidas que fueron las noches anteriores.

Una vida demasiado llena de excitación es una vida agotadora, en la que se necesitan continuamente estímulos cada vez más fuertes para obtener la excitación que se ha llegado a considerar como parte esencial del placer. Una persona habituada a un exceso de excitación es como una persona con una adicción morbosa a la pimienta, que acaba por encontrar insípida una cantidad de pimienta que ahogaría a cualquier otro. Evitar el exceso de excitación siempre lleva aparejado cierto grado de aburrimiento, pero el exceso de excitación no sólo perjudica la salud sino que embota el paladar para todo tipo de placeres, sustituyendo las satisfacciones orgánicas profundas por meras titilaciones, la sabiduría por la maña y la belleza por sorpresas picantes. No quiero llevar al extremo mis objeciones a la excitación. Cierta cantidad es sana, pero, como casi todo, se trata de una cuestión cuantitativa. Demasiado poca puede provocar ansias morbosas, en exceso provoca agotamiento. Así pues, para llevar una vida feliz es imprescindible cierta capacidad de aguantar el aburrimiento, y ésta es una de las osas que se deberían enseñar a los jóvenes.

La conquista de la felicidad. Bertrand Russell.

Y el amor no sólo es una fuente de placer, sino que su ausencia es una fuente de dolor. En segundo lugar, el amor hay que valorarlo porque acentúa todos los mejores placeres, como el de la música, el de la salida del sol en las montañas y el del mar bajo la luna llena. Un hombre que nunca haya disfrutado de las cosas bellas en compañía de una mujer a la que ama, no ha experimentado plenamente el poder mágico del que son capaces dichas cosas. Además, el amor es capaz de romper la dura concha del ego, ya que es una forma de cooperación biológica en la que se necesitan las emociones de cada uno para cumplir los objetivos instintivos del otro. Se han dado en el mundo, en diversas épocas, varias filosofías de la soledad, algunas muy nobles y otras menos. Los estoicos y los primeros cristianos creían que el hombre podía experimentar el bien supremo que se puede experimentar en la vida humana mediante el simple ejercicio de su propia voluntad o, en cualquier caso, sin ayuda humana: otros han tenido como único objetivo de su vida el poder, y otros el del mero placer personal. Todos estos filósofos solitarios, en el sentido de suponer que el bien es algo realizable en cada persona por separado, y no sólo en una sociedad de personas más grande o más pequeña. En mi opinión, todos estos puntos de vista son falsos, y no sólo en teoría ética, sino como expresiones de la mejor parte de nuestros instintos. El hombre depende de la cooperación, y la naturaleza le ha dotado, es cierto que no del todo bien, con el aparato instintivo del que puede surgir la cordialidad necesaria para la cooperación. El amor es la primera y la más común de las formas de emoción que facilitan la cooperación, y los que han experimentado el amor con cierta intensidad no se conformarán con una filosofía que suponga que el mayor bien consiste en ser independiente de la persona amada.

La conquista de la felicidad. Bertrand Russell.

En realidad, la envidia es un tipo de vicio en parte moral y en parte intelectual, que consiste en no ver nunca las cosas tal como son, sino en relación con otras. Supongamos que yo gano un salario suficiente para mis necesidades. Debería estar satisfecho, pero me entero de que algún otro, que no es mejor que yo en ningún otro aspecto, gana el doble. Al instante, si soy de condición envidiosa, la satisfacción que debería producirme lo que tengo se esfuma, y empiezo a ser devorado por una sensación de injusticia. La cura adecuada para todo esto es la disciplina mental, el hábito de no pensar pensamientos inútiles. Al fin y al cabo, ¿qué es más envidiable que la felicidad? Y si puedo curarme de la envidia, puedo lograr la felicidad y convertirme en envidiable. Seguro que al hombre que gana el doble que yo le tortura pensar que algún otro gana el doble que él, y así sucesivamente. Si lo que deseas es la gloria, puedes envidiar a Napoleón. Pero Napoleón envidiaba a César, César envidiaba a Alejandro y Alejandro, me atrevería a decir, envidiaba a Hércules, que nunca existió. Por tanto, no es posible librarse de la envidia sólo por medio del éxito, porque siempre habrá en la historia o en la leyenda alguien con más éxito aún que tú. Podemos librarnos de la envidia disfrutando de los placeres que salen a nuestro paso, haciendo el trabajo que uno tiene que hacer y evitando las comparaciones con los que suponemos, quizá muy equivocadamente, que tienen mejor suerte que uno.

La conquista de la felicidad. Bertrand Russell.

Viejos y jóvenes, en cuanto alcanzan la edad de la discreción, tienen igual derecho a decidir por sí mismos y, si se da el caso, a equivocarse por sí mismos. No se debe aconsejar a los jóvenes que cedan a las presiones de los viejos en asuntos vitales. Supongamos, por ejemplo, que es usted un joven que desea dedicarse al teatro, y que sus padres se oponen, bien porque opinen que el teatro es inmoral, bien porque les parezca socialmente inferior. Pueden aplicar todo tipo de presiones; pueden amenazarle con echarle de casa si desobedece sus órdenes; pueden decirle que es seguro que se arrepentirá al cabo de unos años; pueden citar toda una sarta de terroríficos casos de jóvenes que fueron tan insensatos como para hacer lo que usted pretende y acabaron de mala manera. Y por supuesto, puede que tengan razón al pensar que el teatro no es la profesión adecuada para usted; es posible que no tenga usted talento para actuar o que tenga mala voz. Pero si éste es el caso, usted lo descubrirá enseguida, porque la propia gente de teatro se lo hará ver, y aún le quedará tiempo de sobra para adoptar una profesión diferente. Los argumentos de los padres no deben ser razón suficiente para renunciar al intento. Si, a pesar de todo lo que digan, usted lleva a cabo sus intenciones, ellos no tardarán en ceder, mucho antes de lo que usted y ellos mismos suponen. Eso sí, si la opinión de los profesionales es desfavorable, la cosa es muy distinta, porque los principiantes siempre deben respetar la opinión de los profesionales.

La conquista de la felicidad. Bertrand Russell.

El dramaturgo cuyas obras nunca tienen éxito deberá considerar con calma la hipótesis de que sus obras son malas; no debería rechazarla de antemano por ser evidentemente insostenible. Si descubre que encaja con los hechos, debería adoptarlas, como haría un filósofo inductivo. Es cierto que en la historia se han dado casos de mérito no reconocido, pero son mucho menos numerosos que los casos de mediocridad reconocida. Si un hombre es un genio a quien su época no quiere reconocer como tal, hará bien en persistir en su camino aunque no reconozcan su mérito. Pero si se trata de una persona sin talento, hinchada de vanidad, hará bien en no persistir. No hay manera de saber a cuál de estas dos categorías pertenece uno cuando le domina el impulso de crear obras maestras desconocidas. Si perteneces a la primera categoría, tu persistencia es heroica; si perteneces a la segunda, es ridícula. Cuando lleves muerto cien años, será posible saber a qué categoría pertenecías. Mientras tanto, si usted sospecha que es un genio pero sus amigos sospechan que no lo es, existe una prueba, que tal vez no sea infalible, y que consiste en lo siguiente: ¿produce usted porque siente la necesidad urgente de expresar ciertas ideas o sentimientos, o lo hace motivado por el deseo de aplauso? En el auténtico artista, el deseo de aplauso, aunque suele existir y ser muy fuerte, es secundario, en el sentido de que el artista desea crear cierto tipo de obra y tiene la esperanza de que dicha obra sea aplaudida, pero no alterará su estilo aunque no obtenga ningún aplauso. En cambio, el hombre cuyo motivo primario es el deseo de aplauso carece de una fuerza interior que le impulse a un modo particular de expresión, y lo mismo podría hacer un tipo de trabajo totalmente diferente. Esta clase de hombre, si no consigue que se aplauda su arte, lo mejor que podría hacer es renunciar. Y hablando en términos más generales, cualquiera que sea su actividad en la vida, si descubre usted que los demás no valoran sus cualidades tanto como las valora usted, no esté tan seguro de que son ellos los que se equivocan. Si se permite usted pensar eso, puede caer fácilmente en la creencia de que existe una conspiración para impedir que se reconozcan sus méritos, y creer eso le hará desgraciado con toda seguridad. Reconocer que nuestros méritos no son tan grandes como habíamos pensado puede ser muy doloroso en un primero momento, pero es un dolor que pasa, y después vuelve a ser posible vivir feliz.

La conquista de la felicidad. Bertrand Russell.

En otro tiempo, la educación estaba concebida en gran parte como una formación de la capacidad de disfrute (me refiero a las formas más delicadas de disfrute, que no son accesibles para la gente completamente inculta). En el siglo XVIII, una de las características del “caballero” era entender y disfrutar de la literatura, la pintura y la música. En la actualidad, podemos no estar de acuerdo con sus gustos, pero al menos eran auténticos. El hombre rico de nuestros tiempos tiende a ser un tipo muy diferente. Nunca lee. Si decide crear una galería de pintura con el fin de realzar su fama, delega en expertos para elegir los cuadros; el placer que le proporcionan no es el placer de mirarlos, sino el placer de impedir que otros ricos los posean. En cuanto a la música, si es judío puede que sepa apreciarla; si no lo es, será tan inculto como en todas las demás artes. El resultado de todo esto es que no sabe qué hacer con su tiempo libre. El pobre hombre se queda sin nada que hacer como consecuencia de su éxito. Esto es lo que ocurre inevitablemente cuando el éxito es el único objetivo de la vida. A menos que se le haya enseñado qué hacer con el éxito después de conseguirlo, el logro dejará inevitablemente al hombre presa del aburrimiento.

La conquista de la felicidad. Bertrand Russell.

En la vida del hombre de ciencia se cumplen todas las condiciones de la felicidad. Ejerce una actividad que aprovecha al máximo sus facultades y consigue resultados que no sólo le parecen importantes a él, sino también al público en general, aunque éste no entienda ni una palabra. En este aspecto es más afortunado que el artista. Cuando el público no entiende un cuadro o un poema, llega a la conclusión de que es un mal cuadro o un mal poema. Cuando no es capaz de entender la teoría de la relatividad, llega a la conclusión (acertada) de que no ha estudiado suficiente. La consecuencia es que Einstein es venerado mientras los mejores pintores se mueren de hambre en sus buhardillas, y Einstein es feliz mientras que los pintores son desgraciados. Muy pocos hombres pueden ser auténticamente felices en una vida que conlleva una constante autoafirmación frente al escepticismo de las masas, a menos que puedan encerrarse en sus corrillos y se olviden del frío del mundo exterior. El hombre de ciencia no tiene necesidad de corrillos, ya que todo el mundo tiene buena opinión de él excepto sus colegas. El artista, por el contrario, se encuentra en la penosa situación de tener que elegir entre ser despreciado o ser despreciable. Si su talento es de primera categoría, le pueden ocurrir una u otra de estas dos desgracias: la primera, si utiliza su talento; la segunda, si no lo utiliza.

La conquista de la felicidad. Bertrand Russell.

Un grupo de puerco espines se apiñaron densamente un frío día de invierno para obtener calor y salvarse de morir congelados. Muy pronto, sin embargo, sintieron las púas recíprocas, lo que los obligó a separarse de nuevo. Cada vez que la necesidad de calentarse los reunía, volvía a presentarse aquel otro inconveniente, por lo que siempre se veían arrastrados entre uno y otro tipo de sufrimiento, hasta que finalmente encontraron una moderada distancia entre ellos que les permitía soportar su situación. Así, la necesidad de vivir en sociedad, nacida del vacío y la monotonía del yo interior, atrae a los seres humanos los unos hacia los otros; pero sus numerosos rasgos desagradables y errores imperdonables vuelven a separarlos. La distancia intermedia, que terminan por hallar y hace posible su convivencia, viene dada por la amabilidad y las buenas costumbres. A aquel que no guarda esa distancia se le advierte en Inglaterra: Keep your distance! Es cierto que esa distancia satisface sólo a medias la necesidad de obtener calor recíproco; pero al menos evita que se sienta el dolor de las púas. Quien disponga, sin embargo, de suficiente calor interno hará bien en mantenerse alejado de la sociedad, para así no molestar ni ser molestado.

El arte de insultar. Schopenhauer.

Y es que una grosería vence cualquier argumento y eclipsa a cualquier ingenio: si el oponente no se involucra replicando con una grosería aún mayor -lo cual nos arrastraría a la noble lid del *avantage-*, habremos salido victoriosos y el honor estará de nuestra parte; que la verdad, el conocimiento, la inteligencia, el espíritu y el ingenio vayan recogiendo sus cosas, pues han sido desplazados del campo por la divina grosería.

Aforismos sobre el arte de vivir. Schopenhauer.

Un punto importante de la sabiduría de la vida consiste en hallar la recta proporción entre el cuidado que prestamos al presente y el que dedicamos al futuro, de modo que ninguno de los dos anule al otro. Muchos viven demasiado sumidos en el presente: son los frívolos; otros piensan demasiado en el futuro: son los pusilánimes y aprehensivos. Rara vez se encuentra a alguien que guarde el justo equilibrio. [...] Por consiguiente, en vez de ocuparnos exclusiva e incesantemente de planes y previsiones para el futuro o, alternativamente, entregarnos a la nostalgia del pasado, jamás deberíamos olvidar que sólo el presente es real y está asegurado, mientras que el futuro casi siempre termina siendo diferente de como nos lo habíamos imaginado; y, de hecho, también el pasado lo fue; ambos tienen, en términos generales, menos importancia de lo que parece. Pues la distancia, que empequeñece los objetos ante la vista, los agranda para el pensamiento. Sólo el presente es verdadero y real: constituye el tiempo empleado efectivamente, del que depende exclusivamente nuestra vida. Por eso, deberíamos brindarle siempre una cálida acogida, disfrutando consciente y plenamente cada hora llevadera y libre de contrariedades o de sufrimientos inmediatos, sin empañarla con caras amargadas por el hecho de que no se hayan cumplido nuestras expectativas o estemos preocupados por el futuro. Es un disparate, en efecto, renunciar a una buena hora presente, o arruinarla deliberadamente con disgustos sobre lo ocurrido o con temores sobre lo que vendrá. Eso no impide, ciertamente, que la previsión, e incluso el arrepentimiento, reciban su tiempo correspondiente. [...] Pero deberíamos venerar cualquier tiempo presente que sea medianamente llevadero cuyo transcurso ahora presenciamos con indiferencia o incluso aceleramos para que termine pronto, y deberíamos estar siempre conscientes de que fluye en este preciso instante hacia esa apoteosis del pasado en la cual, bañado por una luz intemporal, habrá de ser conservado para siempre en la memoria, para que cuando ésta, sobre todo en horas difíciles, quiera alzar el telón, pueda manifestarse como objeto de nuestra más entrañable añoranza.

Aforismos sobre el arte de vivir. Schopenhauer.

Una gran cantidad de malos escritores vive enteramente de esa estupidez del público consistente en no querer leer nada excepto lo impreso el mismo día: me refiero a los periodistas. ¡Merecen el nombre que llevan en alemán [Journalisten]! Traducido literalmente reza: jornaleros.

Exageraciones de todo tipo son tan características de la jerigonza periodística como el arte dramático. Pues se trata de sacarle el mayor provecho posible a cualquier suceso. De ahí que todos los escritores de periódicos sean alarmista de oficio, ésa es su manera de hacerse interesantes. En ello no se diferencian, por cierto, del perro pequeño que, al más mínimo movimiento, empieza a ladrar fuertemente. Conviene recordar eso a la hora de sopesar sus toques de alarma, para no dejarse arruinar la digestión.

El arte de insultar. Schopenhauer.

Una manera segura de hacer que la gente se crea falsedades es la repetición frecuente, porque la familiaridad no es fácilmente distinguible de la verdad. Las instituciones y los marketers autoritarios siempre han tenido conocimiento de este hecho. Pero han sido los psicólogos los que han descubierto que no es necesario repetir la frase entera que afirma un hecho o una idea para hacer que parezca verdadera. Personas que repetidamente oyeron la frase “la temperatura corporal de un pollo” estuvieron más dispuestos a aceptar como verdad la afirmación de que “la temperatura corporal de un pollo es de 62°C” (u otro número arbitrario). La familiaridad de una frase de esa afirmación fue suficiente para que esta resultase familiar, y por consiguiente verdadera. Si no hay manera de recordar el origen de la afirmación, ni de relacionarla con otras cosas conocidas, no queda otra opción que la de quedarse con la sensación de facilidad cognitiva.

Pensar rápido, pensar despacio. Daniel Kahneman.

¿Por qué el sesgo de confirmación -el sesgo más dañino de todos- es prácticamente imposible de erradicar? Dicho de otro modo, ¿por qué la gente busca automáticamente pruebas que apoyen sus creencias iniciales y por qué es prácticamente imposible enseñar a no hacerlo? Nadie ha encontrado la manera de enseñar a la gente a pensar críticamente, a que reflexione automáticamente sobre la posibilidad de que su postura sea errónea. Y por último, ¿por qué el razonamiento es tan sesgado y tan dependiente de la motivación cuando están en juego el interés personal o la imagen de uno mismo?, ¿no sería más adaptativo conocer la verdad de las situaciones sociales en lugar de intentar manipularlas? La respuesta, según Mercier y Sperber, es que el razonamiento no ha surgido de la necesidad de conocer la verdad. La evolución ha diseñado el razonamiento para que nos ayude a ganar debates. Por eso los autores nos plantean la teoría del razonamiento para el debate del título. Como dicen ellos, las pruebas aquí revisadas no solo revelan que el razonamiento no siempre da lugar a unas creencias y unas decisiones racionales, sino que en una variedad de casos incluso puede ir en detrimento de la racionalidad. El razonamiento puede llevar a malos resultados, pero no porque el ser humano sea malo razonando, sino porque sistemáticamente se esfuerza en hallar argumentos que justifiquen sus creencias y sus actos. Esto explica, entre otras cosas, el sesgo de confirmación, el razonamiento motivado y las elecciones basadas en la razón.

Las mejores decisiones. John Brockman (ed.)

Tú lo sabes, amigo mío. Mas representate, por un instante aún, todo el horror de ese asesinato. Hasta los cinco años se abandona a los niños el pleno goce de la naturaleza, se deja obrar sobre ellos todas las impresiones que de ésta reciben; ellos sienten su fuerza, ellos gozan ya por todos sus sentidos de la libertad y de todos sus encantos; la marcha natural y libre que sigue en su desarrollo el salvaje y que lo hace materialmente feliz, se deja ver ya en ellos por una tendencia bien definida. Y después que ellos han gozado cinco años enteros de las delicias de la vida sensitiva, se hace desaparecer bruscamente de su vista toda la naturaleza que los rodea; una fuerza tiránica suspende el curso encantador de su independencia y libertad; se les arroja como las ovejas a manadas compactas, en un cuarto infecto; se les encadena inexorablemente durante horas, días, semanas, meses, años a la contemplación de las infelices letras, uniformes y sin atractivos, y se imprime a toda su vida una dirección que presenta con su existencia anterior un contraste de volverlos locos.

Historia de la educación. De la grecia clásica a la educación contemporánea. Olegario Negrín-Fajardo y Javier Vergara-Ciordia.

Otro modo de paralizar la capacidad de pensar críticamente lo hallamos en la destrucción de toda imagen estructurada del mundo. Los hechos pierden aquella calidad que poseen tan sólo en cuanto constituyen parte de la estructura total y conservan únicamente un significado abstracto y cuantitativo; cada hecho no es otra cosa que un hecho más, y todo lo que importa es si sabemos más o menos. La radio, el cine y la prensa ejercen un efecto devastador a este respecto. La noticia del bombardeo de una ciudad y la muerte de centenares de personas es seguida o interrumpida, con todo descaro, por un anuncio de propaganda sobre jabón o vino. El mismo anunciador, con esa misma voz sugestiva, insinuante y autoritaria, que acaba de emplear para convencernos de la seriedad de la situación política, trata ahora de influir sobre su público acerca del mérito de determinada marca de jabón, que ha pagado los gastos de las noticias radiales. Los noticieros cinematográficos nos presentan muestras de la moda a continuación de escenas de buques torpedeados. Los diarios se refieren a las ideas vulgares o a los gustos alimentarios de alguna nueva estrella con la misma seriedad y concediéndole el mismo espacio con que tratan los sucesos de importancia científica o artística. A causa de todo esto dejamos de interesarnos sinceramente por lo que oímos. Dejamos de excitarnos, nuestras emociones y nuestro juicio crítico se ven dificultados, y con el tiempo nuestra actitud con respecto a lo que ocurre en el mundo va tomando un carácter de indiferencia y chatedad. En nombre de la "libertad" la vida pierde toda estructura, pues se la reduce a muchas piezas pequeñas, cada una separada de las demás, y desprovista de cualquier sentido de totalidad. El individuo se ve abandonado frente a tales piezas como un niño frente a un rompecabezas; con la diferencia, sin embargo, de que mientras éste sabe lo que es una casa y, por tanto, puede reconocer sus partes en las piezas del juego, el adulto no alcanza a ver el significado del todo, cuyos fragmentos han llegado a sus manos. Se halla perplejo y asustado y tan sólo acierta a seguir mirando sus pequeñas piezas sin sentido.

El miedo a la libertad. Erich Fromm.

La religión y el nacionalismo, así como cualquier otra costumbre o creencia, por más que sean absurdas o degradantes, siempre que logren unir al individuo con los demás, constituyen refugios contra lo que el hombre teme con mayor intensidad: el aislamiento. Hay, sin embargo, otro elemento que hace de la "pertenencia" (need to belong) una necesidad tan compulsiva: el hecho de la autoconciencia subjetiva, de la facultad mental por cuyo medio el hombre tiene conciencia de sí mismo como de una entidad individual, distinta de la naturaleza exterior y de las otras personas. Aunque el grado de autoconciencia varía, su existencia le plantea al hombre un problema que es esencialmente humano: al tener conciencia de sí mismo como de algo distinto a la naturaleza y a los demás individuos, al tener conciencia - aun oscuramente- de la muerte, la enfermedad y la vejez, el individuo debe sentir necesariamente su insignificancia y pequeñez en comparación con el universo y con todos los demás que no sean él. A menos que pertenezca a algo, a menos que su vida posea algún significado y dirección, se sentirá como una partícula de polvo y se verá aplastada por la insignificancia de su individualidad. No será capaz de relacionarse con algún sistema que proporcione significado y dirección a su vida, estará henchido de duda, y ésta, con el tiempo, llegará a paralizar su capacidad de obrar, es decir, su vida.

El miedo a la libertad. Erich Fromm.

El primer principio de la verdadera enseñanza es que nada puede ser enseñado. El maestro no es un instructor o un policía, sino un ayudante y un guía. Su trabajo es sugerir y no imponer. No moldea la mente del alumno tan solo le muestra cómo perfeccionar sus instrumentos de conocimiento y le ayuda y le alienta en el proceso. No le imparte conocimiento, le muestra cómo adquirirlo por sí mismo. No convoca el conocimiento que todos llevamos dentro, le muestra dónde encontrarlo y cómo habituarse a sacarlo a la luz. La distinción que reserva este principio para la enseñanza de los adolescentes y de los adultos y niega su aplicación en el niño es una doctrina conservadora y poco inteligente. Niño y hombre, chico o chica, solo hay un sonoro principio para la buena enseñanza. La diferencia de edad solo sirve para disminuir o incrementar la cantidad de ayuda y orientación necesarias, pero no cambia su naturaleza.

El segundo principio es que la mente debe ser consultada en su propio crecimiento. La idea de martillar al niño hasta darle la forma deseada por el padre o el profesor es una superstición bárbara e ignorante. Es él mismo quien debe ser inducido a expandirse de acuerdo con su propia naturaleza. No puede haber mayor error que el que los padres organicen de antemano las cualidades, capacidades, ideas o virtudes particulares que su hijo habría de desarrollar en el futuro o que establezcan para él una carrera predeterminada. Forzar la naturaleza a abandonar su propio dharma es hacer un daño permanente, mutilar su crecimiento y desfigurar su perfección. Es una tiranía egoísta sobre el alma humana y una herida abierta en el corazón de la nación que pierde el beneficio de lo mejor que un hombre podría haber dado de sí mismo y se ve obligada a aceptar, en su lugar, algo imperfecto y artificial, de segunda categoría, superficial y común. Cada uno tiene en sí algo divino, algo suyo propio, una oportunidad única y no repetible de perfección y de fuerza en una esfera, por pequeña que sea, que Dios le ofrece para tomar o rechazar. La tarea consiste en encontrarla, desarrollarla y usarla. El objetivo principal de la educación debería ser ayudar al alma en crecimiento a sacar lo mejor de sí misma y perfeccionarlo para hacer un noble uso de ello.

El tercer principio de la Educación es trabajar desde lo próximo a lo lejano, desde lo que es a lo que será. La base de la naturaleza de un hombre es casi siempre, además del pasado de su alma, su herencia, su entorno, su nacionalidad, su país, la tierra de la que se nutre, el aire que respira, las vistas, los sonidos, los hábitos a los que está acostumbrado. Ellos lo moldean no menos poderosamente por el hecho de ser menos perceptibles, desde ahí se debe comenzar. No debemos confundirnos y creer que toda su naturaleza está conformada por las raíces de la tierra que le vio nacer, pero tampoco cerca la mente con imágenes e ideas de una vida que ajena, importada o extraña a aquella en la que debe físicamente moverse. Si algo debe ser traído de fuera debe ser ofrecido, no forzado a la mente. Un crecimiento natural y libre es la condición de un verdadero desarrollo. Hay almas que se rebelan contra su entorno de una forma natural y que parecen pertenecer a otra época o a otra región. Dejémosles que sean libres de seguir su inclinación; pero la mayoría se consumen, se vacían, se vuelven artificiales si artificialmente se moldean en un medio extraño. Es disposición divina entender por qué uno nace donde nace, por qué uno debe pertenecer a tal o cual nación, o a tal o cual tiempo, nacer en un tipo y otro de sociedad, entender hasta qué punto somos hijos del pasado, poseedores del presente, creadores del futuro. El pasado es nuestro fundamento, el presente nuestro material, el futuro nuestro objetivo y nuestra cima. Cada cual debe tener su justo y natural lugar dentro del sistema educativo de la nación.

Sobre la educación. Sri Aurobindo.

Pero el mundo agrícola, en cambio, es el mundo del presente extendido, un mundo en el que hay que llevar a cabo los preparativos necesarios para futuras cosechas, un mundo que nos exige realizar, en el presente, una serie de acciones cuyas finalidades, metas y recompensas sólo se recogerán en el futuro. El campesino no sólo trabaja en el presente y para el presente -como lo hace el cazador-, sino que también trabaja en el mañana y para el mañana, lo cual supone una expansión de sus pensamientos, de sus acciones y de su conciencia más allá del presente fugaz y una demora de las descargas corporales impulsivas e inmediatas en aras de objetivos dirigidos y canalizados por su mente. Con el advenimiento de la agricultura, en suma, el ser humano entró en el mundo del tiempo y de la continuidad temporal extendida, ampliando así su horizonte vital y su conciencia hasta llegar a incluir el futuro, lo cual no es, en modo alguno, un logro desdeñable.

El mundo agrícola expandido es el mundo de la demora y el control de los impulsos, el mundo de la capacidad de postponer, canalizar, sublimar y compensar las actividades instintivas ligadas al cuerpo y al período mágico-tifónico. [...] También el escritor es, cuando está escribiendo, un campesino. El hecho es que todos ellos comparten la modalidad agraria, la misma conciencia agraria que ha terminado transformando a todos.

Después del Edén. Ken Wilber.

Desde que empecé a escribir sobre las distinciones entre los estados de conciencia prerracionales (o prepersonales) y los transracionales (o transpersonales) -lo que llamaré falacia pre/trans-, estoy más convencido que nunca de que su comprensión es absolutamente crucial para entender a naturaleza de los estados superiores (o más profundos): los estados de conciencia verdaderamente espirituales.

La esencia del problema pre/trans es en sí misma bastante simple: como tanto los estados prerracionales como los transracionales son, cada uno a su manera, no racionales, parecen similares e incluso idénticos para el ojo inexperto. Y una vez que pre y trans han sido confundidos, ocurre una de las dos falacias que describo a continuación.

En la primera (posición reduccionista), todos los estados superiores y transracionales son reducidos a estados inferiores y prerracionales. Las experiencias genuinamente místicas o contemplativas son contempladas como una regresión o una vuelta a estados infantiles de narcisismo, fusión oceánica, indisociación e incluso autismo primitivo. Esta es exactamente la ruta seguida por Freud en <<El futuro de una ilusión>>. [...]. Por otro lado, si uno siente simpatía por los estados superiores y místicos pero aún no distingue entre pre y trans, entonces elevará (posición elevacionista) todos los estados prerracionales a algún tipo de gloria transracional (el narcisismo infantil primario, por ejemplo, es visto como un sueño inconsciente dentro de la unión mística). Jung y sus seguidores a menudo siguen este camino y se ven forzados a interpretar estados de indisociación o indiferenciación, carentes de toda integración, como estados profundamente transpersonales y espirituales. [...]. El Espíritu es, evidentemente, no racional; pero es trans, no pre. Trasciende e incluye la razón, no la excluye. La racionalidad, como cualquier estadio concreto de la evolución, tiene sus propias (y a veces demoledoras) limitaciones, represiones y distorsiones, pero, como hemos visto, los problemas inherentes a un nivel son solventados (o <<difuminados>>) únicamente en el nivel siguiente del desarrollo. No se resuelven regresando al nivel previo en el que el problema puede ser simplemente ignorado. Esto es lo que ocurre con las maravillas y los horrores de la razón: aporta enormes capacidades y soluciones nuevas, a la vez que introduce sus propios problemas específicos, que sólo pueden ser resueltos trascendiendo hacia los reinos superiores y transracionales."

Sexo, Ecología, Espiritualidad. Ken Wilber.

El poder (y la violencia) de la mitología se deben en gran medida al hecho de que hace afirmaciones que no pueden ser expuestas a pruebas más profundas..., sin destruir la autoridad de la afirmación misma. Esta es la definición de ideología: intereses ocultos, pretensiones de poder ocultas, que desfilan como verdades; verdades que no puede ser expuestas a pruebas sin quitarles su poder. <<Detrás de la teoría subyace escondida una mezcla inadmisibles de poder y validez, y es a ella a la que debe su reputación: están confundidos porque las pruebas de validez están determinadas por relaciones de poder>>. En su mejor faceta, la Ilustración se comprometió a exponer estas relaciones de poder y a dismantelar las jerarquías de dominación que habían sido el núcleo de las instituciones sociales, culturales y religiosas de las épocas mítica y mítico-racional. Libertad, igualdad, fraternidad: <<¡No más mitos!>> significada <<¡No más jerarquías de dominación!>>, y la Era de la Razón y de la Revolución se puso en marcha para lograr justamente eso."

Sexo, Ecología, Espiritualidad. Ken Wilber.

Por ello, cuando reducimos los estados de conciencia a estados cerebrales nos despojamos del mundo de los valores y abrimos las puertas a un universo despojado de cualidades. Si reducimos la alegría a serotonina, la moral a dopamina, la conciencia a vías neurales y el despertar de la conciencia a redes neuronales, despojamos al Kosmos de todo valor, significado, profundidad y divinidad e incurrimos en un reduccionismo sutil que acaba provocando el colapso en el mundo chato.

Una visión integral de la psicología. Ken Wilber.

Todo conocimiento de otros es simplemente un grado diferente de autoconocimiento, ya que el yo y lo otro están hechos esencialmente del mismo tejido, y se hablan uno a otro suavemente en cualquier momento que se les quiera escuchar.

Sexo, ecología, espiritualidad. Ken Wilber.

¿Alguna vez ha paseado solo, o siempre va acompañado de otros? Si alguna vez sale a pasear solo - sin alejarse demasiado porque aún es demasiado joven-, entonces aprenderá por sí mismo, sabrá lo que piensa, lo que siente, lo que es la virtud, lo que quiere ser; tiene que descubrirlo, y no es posible que descubra nada de sí mismo si permanentemente está hablando, saliendo con sus amigos, rodeado de media docena de personas. Siéntese en silencio debajo de un árbol, solo, no con un libro; simplemente mire las estrellas, el cielo claro, los pájaros, la forma de las hojas; observe las sombras, al pájaro que cruza el cielo. Al estar consigo mismo, sentado en silencio bajo un árbol, comenzará a comprender el funcionamiento de su propia mente, y eso, es tan importante como asistir a clase.

Sobre la educación. Krishnamurti.

Pero ese aprender sólo es posible con una mente nueva, cuando no dice: Yo sé. Así pues, uno debe separar y distinguir entre el aprender y el acumular conocimientos, porque los conocimientos hacen que uno actúe de forma mecánica, mientras que el aprender provoca que la mente se renueve, sea joven e inquisitiva; pero no pueden aprender si se limitan a seguir la autoridad del conocimiento. En todo el mundo, lo único que la mayoría de los educadores hacen es memorizar e impartir conocimientos, y de esa manera la mente se vuelve mecánica e incapaz de aprender. Tan sólo podemos aprender cuando no sabemos, y aprendemos sólo cuando no hay temor, cuando no hay autoridad.

Sobre la educación. Krishnamurti.

Los años que un estudiante pasa en una escuela deben dejar en él una fragancia y una alegría. Eso sólo puede suceder cuando no hay competitividad ni autoridad, cuando el enseñar y el aprender son un proceso simultáneo en el presente, cuando el educador y el estudiante participan ambos en el acto de aprender. Las enseñanzas de Krishnamurti se apartan del enfoque tradicional basado en la relación entre el que enseña y el enseñado, entre el "guru" y el "shishya". Este enfoque tradicional es básicamente jerárquico: está el profesor que sabe y el estudiante que no sabe, al que se debe enseñar. Para Krishnamurti, el profesor y el estudiante se encuentran en el mismo nivel, comunicándose mediante preguntas y más preguntas, hasta descubrir las profundidades del problema y de ahí surja la comprensión, que iluminará la mente de ambos.

Sobre la educación (prólogo). Krishnamurti.

Existe el arte de escuchar, y para que uno realmente pueda escuchar debe abandonar o descartar todos sus prejuicios, sus conceptos previos y las formas cotidianas del vivir, porque si uno se encuentra en ese estado mental de receptividad, las cosas se comprenden con facilidad; es decir, uno escucha cuando realmente pone verdadera atención, pero por desgracia la mayoría de nosotros lo hace a través del filtro de la resistencia.

La libertad primera y última. Khrisnamurti.

Por eso, el amor es una de las cosas más difíciles de comprender. No puede llegar mediante un interés intelectual, no puede crearlo un método, una disciplina o medio, es un estado del ser que surge cuando cesan las actividades del "yo". Pero estas actividades no cesan por el simple hecho de reprimirlas, rehusarlas o por disciplina, sino que exige comprender las actividades del "yo" en cada una de las diferentes capas de la conciencia. En ciertos momentos sentimos amor verdadero, no hay pensamientos ni motivos, son momentos muy ocasionales, y debido a que son excepcionales nos aferramos a ellos con la memoria, creando así una barrera entre la realidad y las acciones de nuestra vida diaria.

La libertad primera y última. Khrisnamurti.

Si está aburrido, ¿por qué lo está? ¿A qué llama “aburrimiento”? ¿Por qué no le interesa nada? Tiene que haber causas y razones para su aburrimiento; los sufrimientos, las evasiones, las creencias, la actividad incesante embotan la mente y endurecen el corazón, pero si pudiera descubrir por qué está aburrido, por qué no tiene interés, entonces seguramente resolvería el problema, ¿verdad?, en ese momento despertaría su interés. Sin embargo, si no tiene interés en descubrir por qué está aburrido, no puede forzarse a mostrar interés por alguna actividad, por que sería sencillamente hacer algo para no aburrirse, como una ardilla que da vueltas en una jaula.

La libertad primera y última. Krisnamurti.

Por eso, seguir como se hace en el mundo entero a los gurús y sus sistemas, leer los libros sobre esto o aquellos, etcétera, parece completamente inútil e ilusorio porque por más que uno recorra el mundo de lado a lado tendrá que regresar a sí mismo. Como consecuencia de nuestra falta de conocimiento propio, resulta extremadamente difícil empezar a ver con claridad nuestro propio proceso de pensar, sentir y actuar.

Cuanto más nos conocemos a nosotros mismos más claridad tenemos, el conocimiento propio no tiene fin, no se trata de lograr algo ni de llegar a cierta conclusión, es como un río sin fin. A medida que uno se examina, se investiga encuentra paz, y sólo a la mente que a través del conocimiento propio, y no mediante la autodisciplina impuesta, está en calma, en quietud, en silencio, la verdad puede advenir, y únicamente entonces puede existir la felicidad completa, puede haber una acción creativa.

La libertad primera y última. Krisnamurti.

Vemos los senderos del intelecto, pero no vemos los del amor; el intelecto no puede descubrir los senderos del amor, todo lo contrario, el intelecto con todas sus ramificaciones, sus deseos, ambiciones y esfuerzos debe cesar que para que nazca el amor. ¿Se han dado cuenta de que cuando aman y cooperan no piensan en sí mismos? Esa es la forma más elevada de inteligencia y no cuando aman a un ser superior o cuando tienen una buena posición, que no es otra cosa que miedo. Donde está el interés propio no puede haber amor, sólo actúa el proceso de explotación que nace del miedo. Así pues, el amor únicamente surge cuando la mente deja de intervenir, por eso uno debe comprender el proceso y la actividad total de la mente.

La libertad primera y última. Krisnamurti.

Cuando nombramos, simplemente clasificamos creyendo haber comprendido, no prestamos más atención, pero si no nombramos estamos “obligados” a mirar; es decir, nos acercamos a la flor, o lo que sea, con una actitud nueva, con una cualidad nueva, miramos como si fuera la primera vez. Nombrar es una forma muy cómoda de deshacerse de las cosas y de las personas; cuando dicen que son alemanes, japoneses, americanos o hindúes, ponen una etiqueta que luego pueden destruir. Sin embargo, no etiquetar a las personas nos obliga a mirarlas, y entonces resulta mucho más difícil matar a alguien.

La libertad primera y última. Krisnamurti.

Creo que es necesario descubrir qué significa escuchar porque vamos a investigar juntos algo que requiere su atención, no una atención intelectual, más bien atención para escuchar, no sólo las palabras, sino también lo que realmente sucede dentro de uno mismo. Escuchar para observar; observar de verdad la cualidad de la mente que se enfrenta a estos problemas tan complejos de la existencia. Escuchar implica que no interpreten lo que se dice porque, si no, no están escuchando. Escuchar es un acto de atención en el que no interviene ninguna interpretación ni comparación, no se trata de recordar ni comprar lo que aquí se está diciendo con cosas que han leído o con experiencias pasadas; todo eso sólo son distracciones.

Consiste en escuchar sin resistencia, sin buscar una respuesta, porque las respuestas no resuelven el problema. Lo que resuelve definitivamente un problema es la capacidad de observar sin observador, siendo el observador las experiencias pasadas, los recuerdos, el conocimiento; simplemente observar.

Sobre el amor y la soledad. Khrisnamurti.

Así pues, debemos interesarnos en el amor, el cual surge de manera espontánea sin necesidad de buscarlo, sino en las cosas que impiden el amor, en las cosas que la mente proyecta de sí misma y crean una barrera. Por eso, antes de que podamos saber qué es el amor, es necesario conocer el proceso de la mente, saber cuál es la base del "yo"; de ahí la importancia de investigar aún más profundamente la cuestión del conocimiento propio y no limitarse a decir: "Debo amar", o "el amor une a las personas", o "las ideas separan", lo cual es una simple repetición de lo que han escuchado y, por consiguiente, no tienen ningún valor. Las palabras complican; sin embargo, si uno puede comprender el significado y las sutilezas del propio pensamiento, de los deseos, de las búsquedas y las ambiciones, entonces existe una posibilidad de tener o comprender el amor, lo cual requiere una enorme comprensión de uno mismo.

Sobre el amor y la soledad. Khrisnamurti.

¿Alguna vez han contemplado una montaña o el mar azul sin hablar, sin hacer ruido, verdaderamente atentos al mar azul, a la belleza de las aguas, a la belleza de la luz que se refleja sobre la enorme extensión de mar?

Cuando ven la extraordinaria belleza de la tierra con sus ríos, sus lagos y montañas, ¿qué sucede en realidad? ¿Qué sucede cuando contemplan algo que tiene una belleza exquisita: una estatua, un poema, un lirio en el estanque, un césped bien cuidado, una montaña? En esos momentos, la misma majestuosidad de la montaña hace que nos olvidemos de nosotros mismos, ¿les ha sucedido alguna vez? Si es así, habrán visto que en ese momento uno no está, solo está la grandeza de la montaña; sin embargo, unos pocos segundos o un minuto después empieza de nuevo todo el ciclo de la confusión, el parloteo. De modo que hay belleza cuando uno no está; es una verdadera tragedia no darse cuenta de esto. La verdad está cuando uno no está: la belleza, el amor están cuando uno no está porque no somos capaces de mirar esa cosa extraordinaria llamada verdad.

Sobre la soledad y el amor. Khrisnamurti.

Ser auténticamente crítico no es estar en una actitud de oposición. La mayoría de nosotros ha sido educado para la oposición y no para el juicio crítico. Cuando un hombre meramente se opone, ello indica, por lo general que tienen algún interés creado que desea proteger, y eso no es discernimiento profundo mediante el examen crítico. El verdadero juicio crítico radica en tratar de comprender el pleno significado de los valores, sin el impedimento de las reacciones defensivas.

Libertad total. Krishnamurti.

Ahora bien, este movimiento del pensar creativo no busca en su expresión un resultado, un logro; sus resultados y expresiones no son una culminación. No tiene culminación o meta alguna porque está eternamente en movimiento. Casi todas las mentes buscan una culminación, una meta, un logro, y se moldean sobre la idea del éxito; un pensamiento, un pensar semejante, se limita continuamente a sí mismo. Mientras que si no hay idea de logro, sino sólo el movimiento constante del pensar como comprensión, como inteligencia, entonces ese movimiento del pensar es creativo. O sea, el pensar creativo cesa cuando la mente se halla mutilada por el ajuste que genera la influencia, o cuando funciona con el trasfondo de una tradición que ella no ha comprendido, o cuando actúa desde un punto fijo, como un animal atado a un poste. En tanto exista esta limitación, este ajuste, no puede haber un pensar creativo, inteligencia; sólo esa inteligencia es libertad.

Libertad total. Krishnamurti.

Para dar origen a la verdadera educación, es obvio que debemos comprender el significado de la vida como una totalidad, y para eso tenemos que ser capaces de pensar, no consecuentemente, sino de manera directa y veraz. Un pensador consecuente es una persona irreflexiva, porque se ajusta a un modelo; repite frases y piensa conforme a una rutina. No podemos comprender la existencia de modo abstracto o teórico. Comprender la vida es comprendernos a nosotros mismos, y eso es tanto el principio como el fin de la educación.

Libertad total. Krishnamurti.

Al hombre que sólo en raros momentos tienen este impulso creativo y expresa esa creatividad mediante la perfección de la técnica, yo no lo llamaría, por cierto, un artista. A mi entender, un verdadero artista es un ser humano que vive de manera completa, armoniosa, que no hace una separación entre el arte y el vivir, cuya vida misma es esa expresión, ya sea en la pintura, en la música o en su conducta; eso es, que no ha divorciado su expresión en el lienzo o en el pentagrama o en la piedra, de su conducta diaria, de su vivir cotidiano. Eso exige el más alto nivel de inteligencia, de armonía interna. Para mí, el verdadero artista es el hombre que posee esa armonía. Puede expresarla en el lienzo o puede hablar, o escribir o puede no expresarla en absoluto, puede sentirla. Pero todo esto exige ese equilibrio exquisito, esa intensidad de percepción, y entonces la expresión del artista no está divorciada de la diaria continuidad del vivir.

Libertad total. Krishnamurti.

La mayoría no estamos atentos a nuestra relación con la naturaleza. Cuando miramos un árbol, lo vemos desde el punto de vista de su utilidad, cómo aprovechar su sombra o utilizar su madera. Hacemos lo mismo con la tierra y sus productos. No sentimos amor por la tierra; si la amáramos, seríamos cuidadosos con las cosas de la tierra. Hemos perdido ese sentido de ternura, de sensibilidad. Tan sólo si reconsideramos esto podemos comprender la relación. Esa sensibilidad no surge colgando unos cuadros en la pared o poniendo flores en nuestro cabello; esa sensibilidad sólo surge cuando el aspecto utilitario termina. Entonces dejaremos de dividir la tierra, dejaremos de decir que la tierra es suya o mía.

Biografía. J. Krishnamurti.

La acción política y social nunca podrá transformar las raíces del mundo, a menos que el individuo se transforme radicalmente a sí mismo. "Los sistemas nunca lograrán transformar al hombre, es el hombre quien transforma los sistemas", decía K. Cuando le preguntaban sobre la imposibilidad de que un solo individuo cambiara la sociedad y el mundo, Krishnamurti contestaba que el tremendo caudal del río Ganges se llevaba todo por delante, pero que, en su origen, sólo había unas gotas insignificantes, y que todas las grandes acciones que habían cambiado al hombre habían nacido de un solo individuo. La transformación del individuo no era un proceso gradual, sino inmediato; sucedía en el instante en que el hombre se venía en el espejo de la relación, con los demás, con la naturaleza y consigo mismo. Al hablar de la relación, Krishnamurti empleaba los ejemplos más íntimos la relación entre esposo y esposa, entre empleado y dueño. Aunque muchos de sus oyentes estaban molestos por la insistencia de Krishnamurti cuando mencionaba la hipocresía que se escondía bajo estas relaciones, eran conscientes de la verdad de sus palabras. Decía que "ver" sin ningún movimiento que distorsionara o cambiara lo observado, sólo era posible cuando terminaba la dirección dirigida del observador. En ese instante, hay transformación, surgen percepciones que, en consecuencia, transforman la sociedad y establecen una nueva generación. La verdadera transformación no es el resultado de ninguna revolución de derechas o de izquierdas, sino una revolución que va desde la percepción de los valores actuales hasta aquellos valores que no son el resultado de la influencia del medio.

Biografía. J. Krishnamurti.

Nos comparamos siempre con los demás, con lo que deberíamos ser, con otro más afortunado. En realidad, la comparación mata, degrada, pervierte la forma de ver. Nos han educado a comparar, toda nuestra educación se basa en eso y, por tanto, también nuestra cultura. La consecuencia es esa lucha permanente por ser algo que no somos. Comprenderse a sí mismo despierta la creatividad, mientras que la comparación produce competitividad, crueldad y ambición, que asociamos con el progreso. El progreso sólo ha traído guerras violentas y desdichas nunca antes conocidas en el mundo. La verdadera educación consiste en educar a los hijos sin comparación.

Biografía. J. Krishnamurti.

Ver sin palabras produce energía, es un estado de comprensión en el cual el espíritu científico es el espíritu religioso. Es un escuchar que abarca lo pequeño y lo grande, lo hermoso y lo feo; no reduce todo a un nombre, una forma o una palabra. Una mente así es desbordante.

Biografía. J. Krishnamurti.

Las percepciones de Krishnamurti relacionadas con el tiempo se basaban en la transformación inmediata. Percibía que el "llegar a ser", el "dejar de ser", el crecer del árbol joven hasta convertirse en un Bayan implicaba un tiempo lineal, estaban integrados en el proceso de la vida. La energía contenida en la materia y sujeta a las leyes del tiempo, como indicativo, era entrópica, se disipaba, se deterioraba y terminaba. Krishnamurti decía: "Existe el tiempo cronológico y el tiempo de la mente. El tiempo es la mente en sí misma, y entre ambos hay confusión. El tiempo psicológico es un proceso del devenir". Ese tiempo como devenir, el "yo seré", nace de la ilusión y es una expresión del 'yo'; ambas se alimentan y se refuerzan, se perpetúan y se ayudan a sí mismas por medio de su propia ignorancia y, con ese proceso, acumulan su propio potencial de energía como consciencia. El individuo percibe esa consciencia a través de los sentidos.

La acción del 'yo', siendo el 'yo' un producto del tiempo psicológico que se expresa en forma de pensamiento, no se transformaría ni se liberaría a sí mismo. Tan sólo el enfoque negativo de percepción y la negación de todo pensamiento psicológico, como el deseo de cambiar "lo que es" en "lo que debería ser", permitirían percibir directamente "lo que es" y liberar la psiquis del tiempo.

En ese estado de percepción la mente no utiliza el pensamiento para reforzarse a sí misma; no existe el pensador ni el pensamiento, el experimentador y la experiencia; la mente que está presa en el devenir es un producto del tiempo, la cual se transforma a sí misma. De ese enfoque que nace, a medida que surge, de la negación de lo falso emerge la enorme verdad de ver y escuchar directamente el hecho, con inocencia, sin la intervención del pensamiento que busca cambiar o alterar el hecho, sin que el pensamiento o la voluntad intervengan en las profundas raíces del odio, del enojo, de la codicia o el miedo. Se produce una transformación de la naturaleza de la materia en forma de enojo o miedo, y se libera esa energía retenida en estos estados, una energía no contaminada por el tiempo, y por tanto, no sujeta a las leyes del tiempo. Ese estado no tiene relación ni es el puesto del enojo, del odio o del miedo. Plantear un problema en términos de opuestos, como puede ser el ideal, es un truco del pensamiento para perpetuarse a sí mismo; porque el ideal contiene la semilla de su propio opuesto. Tan sólo una percepción total, y no la parcial, puede negar tanto al observador como lo observado. Ver "lo que es" transforma "lo que es".

Biografía. J. Krishnamurti.

Para ser felices, ¿necesitamos tener religiones? Para amar, ¿necesitamos construir templos? La verdad no se encuentra en el oscuro santuario de los templos o en los salones bien iluminados de las sociedades organizadas, tampoco está en los libros o en las ceremonias. Descended al mar donde las brisas soplan y las olas rompen unas contra otras. Queréis reunir y amarrar toda la belleza dentro de un estrecho templo. No permitáis que nada ni nadie ate vuestra mente y corazón. Si lo permitís, estableceréis otra religión, otro templo. No debéis crear pequeños dioses para adorarlos en pequeños santuarios, ¿por qué os conformáis con la luz de una vela cuando podéis tener el Sol?

Biografía. J. Krishnamurti.

Mire lo que han hecho las religiones, se han centrado en el instructor y han olvidado la enseñanza. ¿Por qué le damos tanta importancia a la persona del instructor. El instructor puede ser necesario para transmitir la enseñanza, pero más allá de eso, ¿qué? El vaso contiene agua, uno tiene que beber esa agua, no adorar el vaso. La humanidad adora el vaso y se olvida del agua.

El ser humano tiene tendencia a centrarlo todo alrededor de la persona del instructor; en vez de centrarse en la esencia de lo que dice, se centra en la persona. Esa es la gran corrupción. Mire a los grandes instructores del mundo: Mahoma, Cristo y Buda. ¡Mire lo que sus seguidores han hecho de ellos! Los monjes budistas son violentos, matan; todo lo contrario de lo que dijo el Buda. La manifestación tiene que darse a través de un cuerpo humano, es natural, pero la manifestación no es la enseñanza. Tenemos que ser muy impersonales con todo esto. Tenemos que mirar de no dar importancia al instructor debido a nuestro amor y afecto hacia la persona, y olvidar la enseñanza. Ver la verdad en la enseñanza, ver su profundidad, investigarla, vivirla, eso es lo importante, ¿no es lo que importa? Si todo el mundo dice que Krishnamurti es una persona maravillosa, ¿qué valor tiene eso? Si Krishnamurti es un avance, la palabra no es su medida; la palabra no es lo importante. Si estuviera viviendo en tiempos del Buda, puede que como ser humano me sintiera atraído por él, puede que sintiera un gran afecto hacia él, pero estaría mucho más interesado en lo que dice. Mire, Pupilji, nuestros cerebros son tan pequeños debido a las palabras que utilizamos. Cuando hablo a un grupo de científicos, a diversos especialistas, me doy cuenta de que sus vidas son muy triviales. Todo lo miden en términos de palabras, de experiencias; pero no se trata de palabras ni de experiencias. Las palabras son limitadas, todas las experiencias son limitadas; cubren un área muy pequeña.

Biografía. J. Krishnamurti.

Debemos escuchar sin ningún esfuerzo, sin ninguna resistencia. Es un problema muy difícil escuchar con la totalidad de nuestro ser; es decir, cuando la mente no se limita a escuchar las palabras, sino que es capaz de ir más allá de ellas. Las simples conclusiones de una mente consciente nada tienen que ver con descubrir o comprender la verdad. La mente consciente nunca puede encontrar lo real. Solo puede elegir, juzgar, sopesar y comparar. Pero la comparación, el juicio o la identificación no es descubrir la verdad. Por eso es muy importante saber escuchar. Cuando uno lee un libro, probablemente interpreta lo que lee según sus tendencias particulares, sus conocimientos o idiosincrasia, y así se pierde todo el contenido que el autor quiere transmitir; sin embargo, para comprender, para descubrir, debemos escuchar sin la resistencia de la mente consciente que quiere debatir, discutir, analizar. Debatir, discutir y analizar son un impedimento cuando tratamos temas que requieren no solo una definición verbal y un entendimiento superficial, sino una comprensión mucho más profunda y fundamental. Ese comprender, el comprender la verdad, depende de cómo escuchamos.

Creo que existe un arte de escuchar, que consiste en escuchar plenamente sin ningún motivo, porque un motivo es una distracción. Si uno puede escuchar con atención total, entonces no hay resistencia, ni a sus propios pensamientos ni a lo que se está diciendo; eso no significa quedar hipnotizado por las palabras. Solo una mente en silencio, una mente en calma, puede descubrir lo que es la verdad, no una mente frenéticamente activa, pensativa y que opone resistencia.

Ser humano. Un cambio radical en la mente. Krishnamurti.

Por consiguiente, si la mente dice "no sé", eso es la verdad, es sinceridad. Pueden saber algo según algún filósofo, psicólogo o analista, pero ese no es un saber suyo, sino el saber de ellos, y al interpretarlo tratan de entenderles a ellos, no lo que realmente es. Y bien, si uno dice "no sé, ¿qué sucede? ¿entienden? Cuando uno dice que no sabe, el contenido no tienen ninguna importancia. ¡Oh, lo captan! Porque entonces la mente está limpia, es una nueva mente la que dice "no sé". Cuando dice esto, no solo verbalmente, por diversión, sino con seriedad, con convicción, con sinceridad, ese estado de la mente que no sabe es la conciencia vacía de su contenido; el saber es el contenido. ¿Lo han captado? ¿Lo ven?

De manera que la mente nunca puede decir que sabe; por tanto, siempre es nueva, viva, activa y, en consecuencia, no tiene ataduras. Tan solo cuando está amarrada acumula opiniones, conclusiones y se separa. Esto es meditación. Es decir, meditación es percibir la verdad cada segundo, no la verdad final. Percibir lo verdadero y lo falso a cada instante. Percibir la verdad de que el contenido es la conciencia. Ver la verdad de que no sé cómo resolver el problema. Esa es la verdad, no el saber. El no saber es el estado en el cual no hay contenido. Eso es tan increíblemente sencillo que no lo admitimos. Buscamos algo ingenioso, complicado, artificioso, y nos molesta ver algo tan realmente simple y, a pesar de ello, enormemente hermoso.

Ser humano. Un cambio radical en la mente. Khrisnamurti.

Sostengo que la verdad es una tierra sin caminos y no es posible acercarse a ella por ningún sendero, por ninguna religión, por ninguna secta. Ese es mi punto de vista y me adhiero a él absoluta e incondicionalmente. La verdad, al ser ilimitada, incondicionada, es inabordable por cualquier camino, no se puede organizar. No debería crearse ninguna organización para guiar a la gente a seguir un determinado camino. Si se crea una organización con este propósito, se convierte en una muleta, en una debilidad, en una dependencia que anula al individuo y le impide descubrir esa verdad absoluta e incondicionada. Pueden formar otras organizaciones y esperar a algún otro, eso a mí no me concierne. Mi único interés es hacer que el hombre sea absoluta e incondicionalmente libre.

Disolución de la Orden de la Estrella por Krishnamurti (3 de agosto de 1929).

Si el trabajo le ocupa, entonces no ama su trabajo; ¿se da cuenta de la diferencia? Si amo lo que hago no siento que me ocupa, porque mi trabajo no está separado de mí. Pero en este país, y por desgracia empieza a ser un hábito en todo el mundo, se nos enseña a desarrollar habilidades en trabajos que no amamos. Tal vez existan unos pocos científicos, ciertos técnicos experimentados o unos pocos ingenieros que realmente aman lo que hacen, en el sentido total de la palabra, en un momento explicaré lo que eso significa, pero la mayoría no amamos lo que hacemos y por eso estamos ocupados en ganarnos la vida. Si de verdad lo investigan, creo que verán la diferencia entre ambas cosas. O sea, ¿cómo puedo amar lo que hago si todo el tiempo me mueve la ambición e intento por medio de mi trabajo alcanzar cualquier meta para llegar a ser alguien, para triunfar? El artista preocupado en ser famoso, en alcanzar la gloria, que vive comparando, intentado satisfacer su ambición ha dejado de ser artista, es un simple técnico como cualquier otra persona. En realidad, eso significa que para amar algo debe terminar toda ambición, todo deseo de reconocimiento social; de todas maneras es algo corrupto.

Tal como somos. Khrisnamurti.

Me pregunto pues: ¿por qué necesitamos que la vida tenga un sentido, y qué significa vivir sin darle ningún sentido? ¿Entienden? Nuestra propia vida es vacía, atormentada, solitaria, y por esa razón queremos darle un sentido. Ahora bien, ¿es posible darnos cuenta de nuestro propio vacío, de nuestra soledad y sufrimientos, de todas las penalidades y los conflictos de nuestra existencia sin tratar de evadirnos, sin darle un significado artificial a la vida? ¿Podemos ser conscientes de esta cosa tan extraordinaria que llamamos vida, que incluye el trabajo, la envidia, la ambición, la frustración, darnos cuenta de todo eso, simplemente, sin condenarlo o justificarlo ni tratar de ir más allá? Creo que mientras busquemos o le demos un sentido a la vida nos perderemos algo extraordinariamente vital. Es como el hombre que quiere descubrir el significado de la muerte y constantemente la racionaliza, la describe, pero nunca experimenta lo que es la muerte.

Tal como somos. Khrisnamurti.

Si uno desea encontrar la verdad debe estar completamente libre de todas las religiones, de todo condicionamiento, de cualquier dogma o creencia, y de toda autoridad que obliga a seguir, lo cual, en esencia, significa estar realmente solo, y eso no es nada fácil. Cuando la mente está libre de todo condicionamiento, uno descubre que aflora la creatividad de lo real, de Dios, o como prefieran llamarlo; y sólo una mente así, una mente que experimenta esa creatividad, puede generar una actitud, unos valores y un mundo diferente.

Tal como somos. Krishnamurti.

¡La clasificación! He aquí la monomanía...La cuestión es clasificar, aunque luego esa clasificación no sirva para maldita de Dios la cosa. ¡Clasificar por clasificar! No han salido de la Escolástica. Diríase que, como aquel personaje de mi novela Amor y pedagogía, creen que el fin de la ciencia es catalogar el universo para devolvérselo a Dios en orden, o bien que conocer es clasificar, como creía aquel formidable Spencer, uno de los últimos escolásticos y también pedagogo.

Amor y pedagogía. Unamuno.

Muchas veces me ha ocurrido, en ferias del libro o librerías, que un señor se me acerque con un libro mío en las manos y me pida una firma, precisando: "Es para mi mujer, o mi hijita, o mi hermana, o mi madre; ella, o ellas, son grandes lectoras y les encanta la literatura". Yo le pregunto, de inmediato: "¿Y, usted, no lo es? ¿No le gusta leer?". La respuesta rara vez falla: "Bueno, sí, claro que me gusta, pero yo soy una persona muy ocupada, sabe usted". Sí, lo sé muy bien, porque he oído esa explicación decenas de veces: ese señor, esos miles de miles de señores iguales a él, tienen tantas cosas importantes, tantas obligaciones y responsabilidades en la vida, que no pueden desperdiciar su precioso tiempo pasando horas y horas enfrascados en una novela, un libro de poemas o un ensayo literario. Según esta extendida concepción, la literatura es una actividad prescindible, un entretenimiento, seguramente elevado y útil para el cultivo de la sensibilidad y las maneras, un adorno que pueden permitirse quienes disponen de mucho tiempo libre para la recreación, y que habría que filiar entre los deportes, el cine, el bridge o el ajedrez, pero que puede ser sacrificado sin escrúpulos a la hora de establecer una tabla de prioridades en los quehaceres y compromisos indispensables de la lucha por la vida".

Elogio de la educación. Mario Vargas Llosa.

Una humanidad sin lecturas, no contaminada de literatura, se parecería mucho a una comunidad de tartamudos y de afásicos, aquejada de tremendos problemas de comunicación debido a lo basto y rudimentario de su lenguaje. Esto vale también para los individuos, claro está. Una persona que no lee, o lee poco, o lee sólo basura, puede hablar mucho pero dirá siempre pocas cosas, porque dispone de un repertorio mínimo y deficiente de vocablos para expresarse. No es una limitación sólo verbal; es, al mismo tiempo, una limitación intelectual y de horizonte imaginario, una indigencia de pensamientos y de conocimientos, porque las ideas, los conceptos, mediante los cuales nos apropiamos de la realidad existente y de los secretos de nuestra condición, no existen disociados de las palabras a través de las cuales los reconoce y define la conciencia. Se aprende a hablar con corrección, profundidad, rigor y sutileza, gracias a la buena literatura, y sólo gracias a ella. Ninguna otra disciplina, ni tampoco rama alguna de las artes, puede sustituir a la literatura en la formación del lenguaje con que se comunican las personas. Los conocimientos que nos transmiten los manuales científicos y los tratados técnicos son fundamentales; pero ellos no nos enseñan a dominar las palabras y a expresarnos con propiedad: al contrario, a menudo están muy mal escritos y delatan confusión lingüística, porque sus autores, a veces indiscutibles eminencias en su profesión, son literariamente incultos y no saben servirse del lenguaje para comunicar los tesoros conceptuales de que son poseedores. Hablar bien, disponer de un habla rica y diversa, encontrar la expresión adecuada para cada idea o emoción que se quiere comunicar, significa estar mejor preparado para pensar, enseñar, aprender, dialogar, y, también, para fantasear, soñar, sentir y emocionarse. De una manera subrepticia, las palabras reverberan en todos los actos de la vida, aun en aquellos que parecen muy alejados de lenguaje. Éste, a medida que, gracias a la literatura, evolucionó hasta niveles elevados de refinamiento y matización elevó las posibilidades del goce humano, y, en lo relativo al amor, sublimó los deseos y dio categoría de creación artística al acto sexual. Sin la literatura no existiría el erotismo. El amor y el placer serían más pobres, carecerían de delicadeza y exquisitez, de la intensidad que alcanzan educados y azuzados por la sensibilidad y las fantasías literarias. No es exagerado decir que una pareja que ha leído a Garcilaso, a Petrarca, a Góngora y a Baudelaire ama y goza mejor que otra de analfabetos semiidiotizados por los programas de televisión. En un mundo aliterario, el amor y el goce serían indiferenciables de los que sacian a los animales, no irían más allá de la cruda satisfacción de los instintos elementales: copular y tragar.

Elogio de la educación. Mario Vargas Llosa.

La vocación literaria no es un pasatiempo, un deporte, un juego refinado que se practica en los ratos de ocio. Es una dedicación exclusiva y excluyente, una prioridad a la que nada puede anteponerse, una servidumbre libremente elegida que hace de sus víctimas (de sus dichosas víctimas) unos esclavos. Como mi amigo de París, la literatura pasa a ser una actividad permanente, algo que ocupa la existencia, desborda las horas que uno dedica a escribir e impregna todos los otros quehaceres, pues la vocación literaria se alimenta de la vida del escritor ni más ni menos que la longilínea solitaria de los cuerpos que invade. Flaubert decía: "Escribir es una manera de vivir". Sí, quien ha hecho suya esta hermosa y absorbente vocación no escribe para vivir, vive para escribir.

Elogio de la educación. Mario Vargas Llosa.

Aunque no se deba inquietar mucho a los niños en tanto que sean pequeños, con reglas y ceremonias de cortesía, hay ocasión, sin embargo, de evitar una especie de descortesía muy fácil de desenvolver entre los niños si no se les corrige desde temprano: es la disposición de interrumpir a las personas cuando hablan y de detenerles en sus discursos contradiciéndoles. Quizás sea el hábito de discutir, con la reputación de ingenio y de saber que se les atribuye (como si el arte de la discusión fuese el único medio que se tuviese para probar su habilidad), el que hace a los jóvenes tan dispuestos a espiar la ocasión de recoger lo que se dice en su presencia y mostrar en toda ocasión su talento. Lo cierto es que he encontrado muchos escolares censurables en este respecto. Ahora bien: nada más grosero que interrumpir en su discurso a un hombre que habla. Y sin contar que es una impertinente tontería pretender responder a alguien antes de saber lo que quiere decir, es dar a entender claramente que estamos fatigados de escucharles, que hacemos poco caso de lo que dice, y que, juzgándole incapaz de interesar a la sociedad, pedimos audiencia para nuestros propios discursos, los únicos dignos de ser tratados. Nada puede demostrarnos evidentemente nuestra falta de respeto, y es imposible que no haga desagradable efecto; y, sin embargo ese es casi siempre el sentido de toda interrupción. Si como ocurre, no nos contentamos con interrumpir, si se toma la palabra para rectificar algún error o para contradecir lo que se ha dicho, se demuestra más abiertamente todavía, orgullo y suficiencia, puesto que en este caso nos erigimos a nosotros mismos en doctores, y nos encargamos, sea de rectificar a nuestro interlocutor en su recitación, sea de mostrar la inexactitudes de su juicio.

No es que yo quiera decir que la diversidad de las opiniones deba ser desterrada de la conversación, ni la contradicción del discurso de los hombres. Esto sería privarse de la mayor ventaja de la sociedad; esto sería renunciar a los progresos que se hacen en la compañía de los hombres esclarecidos cuando la luz brota del choque de las opiniones y los espíritus distinguidos ponen de relieve sucesivamente los diversos aspectos de las cosas. Los diferentes aspectos de la cuestión, las probabilidades que implican, todo esto se perdería para nosotros si cada interlocutor estuviese obligado a subscribir la primera opinión que se haya expresado. Lo que yo condeno, no es que se contradiga las opiniones de los demás, sino la manera como se contradicen. Que los jóvenes se habitúen a no lanzar su propia opinión en oposición a las opiniones de los demás hasta que se les ruegue que den su opinión o hasta que los interlocutores, habiendo acabado de hablar, guarden silencio; y aun entonces, que no intervengan más que por preguntas para instruirse ellos mismos, sin pretender instruir a los demás. Es preciso evitar las afirmaciones dogmáticas y el aire magistral. Solamente cuando les ofrece ocasión una pausada sobrevenida en la conversación general, es cuando pueden modestamente hacer sus preguntas a la manera de hombres que quieren enterarse.

Pensamientos sobre la educación. John Locke.

Es un mal cálculo hacerlo rico de dinero y pobre de espíritu. Con profundo asombro he visto con frecuencia a padres que prodigan su fortuna para dar a sus hijos bellas ropas, para alojarlos y alimentarlos con lujo, para procurarles más servidores de los necesarios, y que, al mismo tiempo, debilitaban su espíritu y no se preocupaban de cubrir la más vergonzosa de las desnudeces, es decir, su ignorancia y sus malas inclinaciones. No puedo dejar de creer que en esto los padres no hacen sino halagar su propia vanidad: su conducta demuestra mejor el orgullo que una verdadera preocupación del bien de sus hijos. Todos los gastos que hagáis en interés de vuestros hijos probarán la viveza de vuestro amor por ellos, aun cuando disminuyesen su herencia.

Pensamientos sobre la educación. John Locke.

Si no se debe jamás desatender las preguntas de los niños, se debe también tener gran cuidado en no darles jamás respuestas engañosas e ilusorias. Bien pronto se aperciben de que se les abandona y se les engaña, y no tardan en hacerse negligentes, disimulados y embusteros, si observan que se es así con ellos. Es deber nuestro respetar la verdad en todos nuestros discursos; pero, sobre todo, cuando hablamos con los niños, porque si nos divertimos en engañarlos, no sólo dejamos de responder a su expectación e impedimos que se instruyan, sino que corrompemos su inocencia y les enseñamos el peor de los defectos. Son viajeros recién llegados a un país extraño, del que no conocen nada; debemos, por consiguiente, abstenernos de engañarlos. Y aún cuando sus preguntas puedan parecernos, a veces, insignificantes, no por eso es preciso darles respuestas menos serias, porque aun cuando nos parezcan indignas de hacerse, a nosotros, que conocemos desde hace tiempo la solución, no son menos importantes para un niño, que ignora todas las cosas. Los niños son extraños a lo que nos es más familiar, y todas las cosas que se les ofrece les son desconocidas, como lo han sido para nosotros mismos. Dichosos los que encuentren gentes corteses, complacientes con su ignorancia y dispuestos a ayudarles a salir de ella.

Pensamientos sobre la educación. John Locke.

En un hombre mal educado, el valor pasa por brutalidad, de la que tiene todas las apariencias. El saber se convierte en pedantería; la gracia, en bufonada; las costumbres sencillas pasan por rusticidad; el buen natural, por servilismo. En fin, no hay cualidad buena que la mala educación no rebaje y desfigure en ventaja suya. Sí, las virtudes y los talentos, aun cuando se les rinda el homenaje que se les debe, no bastan para asegurar a un hombre una buena acogida en el mundo y asegurarle el éxito donde llegue. Nadie se contenta con diamantes en bruto, y no los llevan así quienes quieren engalanarse. Cuando están pulimentados y montados es cuando tienen todo su brillo. Las buenas cualidades son la riqueza substancial del espíritu; pero la buena educación es la que les da relieve. Y el que pretende ser agradable debe dar tanta belleza como fuerza a sus acciones. La solidez, y aun la utilidad, no bastan: una manera graciosa y adecuada en todas las cosas es lo que les presta ornamento y las hace amables. Y, en la mayor parte de los casos, la manera de hacerlas es más importante que las cosas mismas que se hacen: de ella depende, en la mayor parte de los casos, la satisfacción o la repugnancia que suscitan. Esto, que consiste, no en quitarse el sombrero con gracia, ni en hacer una reverencia, sino en una compostura adecuada y desembarazada en el lenguaje, en las miradas, en el movimiento, en la actitud, en el continente, etc., según las personas y según las circunstancias, y solamente puede ser aprendido por el hábito y el uso. Aunque sobrepuje las facultades del niño, y no convenga atormentarle con ello, debe comenzarse pronto, y estar muy instruido en ello un joven caballero, mientras está en manos del preceptor, y antes de que esté llamado a conducirse por sí mismo en el mundo. Sería entonces, en efecto, demasiado tarde para corregir ciertos hábitos malsanos, que dependen, a veces, de pequeñas cosas. Nuestra conducta no es la que debe ser, en tanto que no sea natural y desembarazada en todas las cosas, adaptándose, como hacen los dedos de un músico hábil, a un orden armonioso, sin que haya necesidad de pensar en ello ni de hacer esfuerzo alguno. Si se ve un hombre obligado en su comportamiento a observarse con inquietud por temor a cometer alguna torpeza, esta preocupación, lejos de hacerle más correcto en sus maneras, le proporcionará un aire cohibido, forzado y poco gracioso.

Pensamientos sobre la educación. John Locke.

Los hombres que tienen una visión de aquello que les interesa, estrecha y ciega por tanto, no deben pretender que poseen una visión plena de la verdad. Ningún hombre debe pensar que la verdad sólo está en las ciencias que él estudia o en los libros que lee. Si prejuzgamos las nociones de los otros hombres antes de haberlas analizado no estamos demostrando la oscuridad de aquellas, sino que estamos cerrando nuestros propios ojos. “Probad de todas las cosas y tomad lo que es bueno”, dice una norma divina del Padre de la luz y la verdad. Y me resulta difícil encontrar otro modo de alcanzar la verdad y aprehenderla que no sea cavando y buscándola, del mismo modo que se hace con el oro y los tesoros escondidos; con este método se encuentra mucha tierra y escombros antes de llegar al metal puro, pues con él suelen ir mezclados los guijarros, la arena y la escoria, pero finalmente el oro enriquecerá al que se haya esforzado en buscarlo y separarlo de los elementos inútiles. No hay peligro de que se deje engañar por la mezcla y no lo encuentre, pues todo hombre lleva en sí una piedra de toque, o criterio general, que si la utiliza le permitirá distinguir el oro verdadero del brillo superficial, y diferenciar entre la verdad y las apariencias. Pero los prejuicios asumidos, las presunciones arrogantes y la estrechez de nuestras mentes nos impiden aprovecharnos de esta piedra de toque, que es la razón natural.

Pensamientos sobre la educación. John Locke.

Hay otro modo, más inocente, de reunir argumentos; es muy habitual entre los hombres de libros y consiste en hacer acopio de todos los argumentos que encuentran en pro y en contra de las cuestiones que estudian. Esa actitud no les ayuda a juzgar correctamente, ni a debatir con firmeza, sino sólo a hablar copiosamente sobre cada lado de la cuestión sin tener que basarse en sus propios juicios; han recogido esos argumentos de los pensamientos de otros hombres y los mantienen flotando en la memoria, dispuestos a servirse de ellos para hablar mucho con alguna apariencia de razón, pero no les ayudan a juzgar correctamente. Tal variedad de argumentos sólo sirve para distraer al entendimiento que se basa en ellos, a menos que haya ido más lejos y no se haya limitado a un examen superficial; se abandona la verdad en nombre de la apariencia, lo que sólo es de utilidad para nuestra vanidad. El modo único y seguro de obtener un conocimiento verdadero consiste en formar en nuestras mentes nociones claras y establecidas de las cosas, acompañándolas del nombre de cada idea. Eso es lo que tenemos que considerar junto con las diversas relaciones y hábitos, en lugar de distraernos con nombres indecisos y palabras de significación indeterminada que puedan utilizarse con varios sentidos para servir a nuestra inclinación. El conocimiento real consiste en la percepción de los hábitos y relaciones que nuestras ideas tienen entre sí; y cuando un hombre percibe hasta qué punto están en acuerdo o en desacuerdo entre ellas, puede juzgar lo que dicen las otras personas sin necesidad de dejarse guiar por los argumentos de los demás, que en muchos casos no son más que sofistería para crédulos. Haciéndolo así podrá establecer la cuestión correctamente, viendo a dónde conduce; de ese modo se sostendrá sobre sus propias piernas y llegará al conocimiento con su propio entendimiento. En cambio, recogiendo argumentos y aprendiéndolos de memoria sólo se retendrá los de los demás; y en cuanto alguien cuestione los fundamentos en que se basan tales argumentos se sentirá confundido, y abandonará frívolamente el conocimiento implícito en ellos.

Pensamientos sobre la educación. John Locke.

Pienso que la educación no consiste en perfeccionar a los jóvenes en alguna de las ciencias, sino en abrir sus mentes, preparándolos para que puedan utilizar cualquiera de ellas que pudieran necesitar. Si los hombres se acostumbran durante mucho tiempo a un sólo tipo o método de pensamiento, sus mentes crecerán adheridas a él rígidamente y no podrán cambiar con facilidad a otro. Por tanto, creo que para darles la libertad necesaria los hombres han de ver todos los tipos de conocimiento, ejercitando el entendimiento en una amplia variedad de ellos. No estoy proponiendo que se persiga la variedad de conocimientos, sino la variedad y libertad de pensamiento; creo que lo que hay que aumentar son las facultades y actividades de la mente, no sus posesiones.

Pensamientos sobre la educación. John Locke.

Al igual que hay una parcialidad en las opiniones, que como ya vimos puede equivocar al entendimiento, también es frecuente la parcialidad en los estudios, igualmente perjudicial para el conocimiento y su progreso. Los hombres particularmente versados en una ciencia tienden a valorarla y alabarla como si esa parte del conocimiento con la que se han familiarizado fuera la única que merece la pena tener, y el resto consistiera en divertimentos ociosos y vacíos, comparativamente de ningún uso o importancia. Esto es un efecto de la ignorancia, no del conocimiento; es llenarse vanamente, jactarse de un conocimiento estrecho y débil. No es malo que se saboree la ciencia que se ha elegido como estudio particular; la visión de su belleza y el sentido de su utilidad dan al hombre mayor placer y calor en la búsqueda y mejora del conocimiento de esa ciencia. Pero el desprecio del resto del conocimiento, como si no hubiera nada que se pudiera comparar con las leyes o la física, con la astronomía o la química, o incluso con alguna parte inferior del conocimiento de la que se tengan nociones o en la que se esté algo avezado no es sólo un indicio de una mente estrecha o vana, pues perjudica además al empleo del entendimiento que se ve encerrado en los límites estrechos que le impiden que mire a otras provincias del mundo intelectual, probablemente más hermosas y fructíferas que aquélla en la que él ha trabajado hasta entonces; en ellos podría encontrar, además de un conocimiento nuevo, caminos o sugerencias que le permitirían cultivar mejor el conocimiento propio.

Pensamientos sobre la educación. John Locke.

Como en todos los casos, el modo más seguro para aprender consiste en no avanzar a saltos y grandes zancadas; que aquello que haya dispuesto aprender lo próximo sea realmente lo próximo; es decir, conjuntándolo en lo posible con lo que ya sabe; que sea distinto de lo sabido, pero no remoto; que sea nuevo y no lo supiera antes, de modo que el conocimiento avance; pero que en cada ocasión sea sólo un poco, para que el avance sea claro y seguro. Toda la base que logre de este modo le sostendrá. Este crecimiento gradual y concreto en el conocimiento es firme y seguro; lleva su propia luz en cada paso de su progreso, y en una cadena fácil y ordenada; y no hay nada que sea más útil al entendimiento. Aunque pueda parecer un camino muy lento y prolongado hasta el conocimiento, me atrevo a afirmar con confianza que el que lo pruebe, o aquél a quien se lo enseñe, encontrará que con este método sus avances son mayores de lo que serían en el mismo espacio de tiempo con otro método cualquiera. La parte más importante del conocimiento verdadero está en la percepción diferenciadora de las distintas cosas.

Pensamientos sobre la educación. John Locke.

En verdad hay motivo para reírse con ganas al oír disertar a los utilitarios republicanos o sansimonistas [...] Hay dos clases de utilidad, y el sentido de este vocablo nunca es sino relativo. Aquello que es útil par a uno no lo es para otro. Usted es zapatero, yo soy poeta. Para mí resulta útil que mi primer verso rime con el segundo. Un diccionario de rimas, por tanto, me beneficia por su gran utilidad. A usted de nada le serviría para echar suelas a un par de viejos zapatos, y es justo decir que una chaira a mí de nada me serviría para hacer una oda. Tras lo cual usted objetará que un zapatero está muy por encima de un poeta, y que es más fácil prescindir de uno que del otro. Pero sin pretender rebajar la ilustre profesión de zapatero, a la que honro tanto como a la profesión de monarca constitucional, confesaré humildemente que yo preferiría tener mi zapato descosido que mi verso mal rimado, y que pasaría muy gustoso sin botas antes que quedarme sin poemas.

La utilidad de lo inútil. Nuccio Ordine.

También la religión, como la filosofía, debe convertirse en una opción de vida, debe transformarse en una manera de vivir. Así, ninguna religión y ninguna filosofía podrán nunca reivindicar la posesión de una verdad absoluta, válida para todos los seres humanos. Porque creer que se posee la única y sola verdad significa sentirse con el deber de imponerla, también por la fuerza, por el bien de la humanidad. El dogmatismo produce intolerancia en cualquier campo del saber: en el dominio de la ética, de la religión, de la política, de la filosofía y de la ciencia, considerar la propia verdad como la única posible significa negar toda búsqueda de la verdad.

En efecto, quien está seguro de poseer la verdad no necesita ya buscarla, no siente ya la necesidad de dialogar, de escuchar al otro, de confrontarse de manera auténtica con la variedad de lo múltiple. Sólo quien ama la verdad puede buscarla de continuo. Esta es la razón por la cual la duda no es enemiga de la verdad, sino un estímulo constante para buscarla. Sólo cuando se cree verdaderamente en la verdad, se sabe que el único modo de mantenerla siempre viva es ponerla continuamente en duda. Y sin la negación de la verdad absoluta no puede haber espacio para la tolerancia.

Sólo la conciencia de estar destinados a vivir en la incertidumbre, sólo la humildad de considerarse seres falibles, sólo la conciencia de estar expuestos al riesgo del error pueden permitirnos concebir un auténtico encuentro con los otros, con quienes piensan de manera distinta que nosotros. Por tales motivos, la pluralidad de las opiniones, de las lenguas, de las religiones, de las culturas, de los pueblos, debe ser considerada como una inmensa riqueza de la humanidad y no como un peligroso obstáculo.

Esta es la razón por la cual quienes niegan la verdad absoluta no pueden ser considerados nihilistas: situados entre los dogmáticos (que creen poseer la verdad absoluta) y los nihilistas (que niegan la existencia de la verdad), se ubican, equidistantes, quienes aman la verdad al punto de buscarla sin descanso. Así, aceptar la falibilidad del conocimiento, confrontarse con la duda, convivir con el error no significa abrazar el irracionalismo y la arbitrariedad. Significa, por el contrario, en nombre del pluralismo, ejercitar el derecho a la crítica y sentir la necesidad de dialogar también con quien lucha por valores diferentes a los nuestros.

La utilidad de lo inútil. Nuccio Ordine.

Había una vez dos peces jóvenes que iban nadando y se encontraron por casualidad con un pez más viejo que nadaba en dirección contraria; el pez más viejo los saludó con la cabeza y les dijo: “Buenos días, chicos. ¿Cómo está el agua?”. Los dos peces jóvenes siguieron nadando un trecho; por fin uno de ellos miró al otro y le dijo: “¿Qué demonios es el agua?”.

Como les sucede a los dos peces más jóvenes, no nos damos cuenta de qué es en verdad el agua en la que vivimos cada minuto de nuestra existencia. No tenemos, pues, conciencia de que la literatura y los saberes humanísticos, la cultura y la enseñanza constituyen el líquido amniótico ideal en el que las ideas de democracia, libertad, justicia, laicidad, igualdad, derecho a la crítica, tolerancia, solidaridad, bien común, pueden experimentar un vigoroso desarrollo.

La utilidad de lo inútil. Nuccio Ordine.

La libido sciendi, el deseo de conocimiento, el ansia de comprender, está grabada en los mejores hombres y mujeres. También lo está la vocación de enseñar. No hay oficio más privilegiado. Despertar en otros seres humanos poderes, sueños que están más allá de los nuestros; inducir en otros el amor por lo que nosotros amamos; hacer de nuestro presente interior el futuro de ellos: ésta es una triple aventura que no se parece a ninguna otra. Conforme se amplía, la familia compuesta por nuestros antiguos alumnos se asemeja a la ramificación, al verde de un tronco que envejece (yo tengo alumnos de los cinco continentes). Es una satisfacción incomparable ser el servidor, el correo de lo esencial, sabiendo perfectamente que muy pocos pueden ser creadores o descubridores de primera categoría. Hasta en un nivel humilde -el del maestro de escuela-, enseñar, enseñar bien, es ser cómplice de una posibilidad trascendente. Si lo despertamos, ese niño exasperante de la última fila tal vez escriba versos, tal vez conjeture el teorema que mantendrá ocupados a los siglos. Una sociedad como la del beneficio desenfrenado, que no honra a sus maestros, es una sociedad fallida. Cuando hombres y mujeres se afanan descalzos en buscar un Maestro (un frecuente tropo hasídico), la fuerza vital del espíritu está salvaguardada. Hemos visto que el Magisterio es falible, que los celos, la vanidad, la falsedad y la traición se inmiscuyen de manera casi inevitable. Pero sus esperanzas siempre renovadas, la maravilla imperfecta de la cosa, nos dirigen a la dignitas que hay en el ser humano, a su regreso a su mejor yo. Ningún medio mecánico, por expedito que sea; ningún materialismo, por triunfante que sea, pueden erradicar el amanecer que experimentamos cuando hemos comprendido a un Maestro. Esa alegría no logra en modo alguno aliviar la muerte. Pero nos hace enfurecernos por el desperdicio que supone. ¿Ya no hay tiempo para otra lección?

Lecciones de los Maestros. George Steiner.

La enseñanza auténtica puede ser una empresa terriblemente peligrosa. El Maestro vivo toma en sus manos lo más íntimo de sus alumnos, la materia frágil e incendiaria de sus posibilidades. Accede a lo que concebimos como el alma y las raíces del ser, un acceso del cual la seducción erótica es la versión menor, si bien metafórica. Enseñar sin un grave temor, sin una atribulada reverencia por los riesgos que comporta, es una frivolidad. Hacerlo sin considerar cuáles puedan ser las consecuencias individuales y sociales es ceguera. Enseñar es despertar dudas en los alumnos, formar para la disconformidad. Es educar al discípulo para la marcha (“Ahora, dejadme”, ordena Zaratrusta). Un Maestro válido debe, al final, estar solo.

Lecciones de los Maestros. George Steiner.

Enseñar con seriedad es poner las manos en lo que tiene de más vital el ser humano. Es buscar acceso a la carne viva, a lo más íntimo de la integridad de un niño o de un adulto. Un Maestro invade, irrumpe, puede arrasarse con el fin de limpiar y reconstruir. Una enseñanza deficiente, una rutina pedagógica, un estilo de instrucción que, conscientemente o no, sea cínico en sus metas meramente utilitarias, son destructivas. Arrancan de raíz la esperanza. La mala enseñanza es, casi literalmente, asesina y, metafóricamente, un pecado. Disminuye al alumno, reduce a la gris inanidad el motivo que se presenta. Instila en la sensibilidad del niño o del adulto el más corrosivo de los ácidos, el aburrimiento, el gas metano del hastío. Millones de personas han matado las matemáticas, la poesía, el pensamiento lógico con una enseñanza muerta y la vengativa mediocridad, acaso subconsciente, de unos pedagogos frustrados. Las estampas de Molière son implacables.

La antienseñanza, estadísticamente, está cerca de ser la norma. Los buenos profesores, los que prenden fuego en las almas nacientes de sus alumnos, son tal vez más escasos que los artistas virtuosos o los sabios. Los maestros de escuela que forman el alma y el cuerpo, que saben lo que está en juego, que son conscientes de la interrelación de confianza y vulnerabilidad, de la fusión orgánica de responsabilidad y respuesta (lo que yo llamaría “respuestabilidad”) son alarmantemente pocos. Ovidio nos recuerda que “no hay mayor maravilla”. En realidad, como sabemos, la mayoría de aquellos a quienes confiamos a nuestros hijos en la enseñanza secundaria, a quienes acudimos en busca de guía y ejemplo, son unos sepultureros más o menos afables. Se esfuerzan en rebajar a sus alumnos a su propio nivel de faena mediocre. No “abre Delfos” sino que lo cierran.

Lecciones de los Maestros. George Steiner.

La libido sciendi, el deseo de conocimiento, el ansia de comprender, está grabada en los mejores hombres y mujeres. También lo está la vocación de enseñar. No hay oficio más privilegiado. Despertar en otros seres humanos poderes, sueños que están más allá de los nuestros; inducir en otros el amor por lo que nosotros amamos; hacer de nuestro presente interior el futuro de ellos: ésta es una triple aventura que no se parece a ninguna otra. Conforme se amplía, la familia compuesta por nuestros antiguos alumnos se asemeja a la ramificación, al verde de un tronco que envejece (yo tengo alumnos de los cinco continentes). Es una satisfacción incomparable ser el servidor, el correo de lo esencial, sabiendo perfectamente que muy pocos pueden ser creadores o descubridores de primera categoría. Hasta en un nivel humilde -el del maestro de escuela-, enseñar, enseñar bien, es ser cómplice de una posibilidad trascendente. Si lo despertamos, ese niño exasperante de la última fila tal vez escriba versos, tal vez conjeture el teorema que mantendrá ocupados a los siglos. Una sociedad como la del beneficio desenfrenado, que no honra a sus maestros, es una sociedad fallida. Cuando hombres y mujeres se afanan descalzos en buscar un Maestro (un frecuente tropo hasídico), la fuerza vital del espíritu está salvaguardada.

Hemos visto que el Magisterio es falible, que los celos, la vanidad, la falsedad y la traición se inmiscuyen de manera casi inevitable. Pero sus esperanzas siempre renovadas, la maravilla imperfecta de la cosa, nos dirigen a la dignitas que hay en el ser humano, a su regreso a su mejor yo. Ningún medio mecánico, por expedito que sea; ningún materialismo, por triunfante que sea, pueden erradicar el amanecer que experimentamos cuando hemos comprendido a un Maestro. Esa alegría no logra en modo alguno aliviar la muerte. Pero nos hace enfurecernos por el desperdicio que supone. ¿Ya no hay tiempo para otra lección?

Lecciones de los Maestros. George Steiner.

Evidentemente, las artes y los actos de enseñanza son, en el sentido propio de este término tan denostado, dialécticos. El Maestro aprende del discípulo y es modificado por esta interrelación en lo que se convierte, idealmente, en un proceso de intercambio. La donación se torna recíproca, como sucede en los laberintos del amor. "Cuando soy más yo es cuando soy tú", como dijo Celan. Los Maestros repudian a los discípulos si los hallan indignos o desleales. El discípulo, a su vez, piensa que ha dejado atrás a su Maestro, que debe abandonar a su Maestro para convertirse en sí mismo (Wittgenstein le conminará que así lo haga). Esta superación del Maestro, con sus componentes psicoanalíticos de rebelión edípica, puede ser causa de tristeza traumática. Como cuando Dante se despide de Virgilio en el Purgatorio, o en *The master of go*, de Kawabata. O acaso puede ser una causa de vengativa satisfacción tanto en la ficción -Wagner triunfa sobre Fausto- como en la realidad -Heidegger prevalece sobre Husserl y lo humilla. Son algunos de estos múltiples encuentros en la filosofía, en la literatura o en la música lo que quiero considerar ahora.

Lecciones de los Maestros. George Steiner.

Mediante acción y discurso, los hombres muestran quiénes son, revelan activamente su única y personal identidad y hacen su aparición en el mundo humano, mientras que su identidad física se presenta bajo la forma única del cuerpo y el sonido de la voz, sin necesidad de ninguna actividad propia. El descubrimiento de "quién" en contradicción al "qué" es alguien -sus cualidades, dotes, talento y defectos que exhibe y oculta- está implícito en todo lo que ese alguien dice y hace. Sólo puede ocultarse en completo silencio y perfecta pasividad, pero su revelación casi nunca puede realizarse como fin voluntario, como si uno poseyera y dispusiese de este "quién" de la misma manera que puede hacerlo con sus cualidades.

Esta cualidad reveladora del discurso y de la acción pasa a primer plano cuando las personas están con otras, ni a favor ni en contra, es decir, en pura contigüidad humana. Aunque nadie sabe a quién revela cuando uno se descubre a sí mismo en la acción o la palabra, voluntariamente se ha de correr el riesgo de la revelación, y esto no pueden asumirlo ni el hacedor de buenas obras, que debe ocultar su yo y permanecer en completo anonimato, ni el delincuente, que ha de esconderse de los demás. Los dos son figuras solitarias, uno a favor y el otro en contra de todos los hombres; por lo tanto permanecen fuera del intercambio humano y, políticamente, son figuras marginales que suelen entrar en la escena histórica en período de corrupción, desintegración y bancarrota política. Debido a su inherente tendencia a descubrir al agente junto con el acto, la acción necesita para su plena aparición la brillantez de la gloria, sólo es posible en la esfera pública.

La condición humana. Hannah Arendt.

Pues si abraza las opiniones de Jenofonte y de Platón por propio razonamiento ya no serán de ellos, sino suyas. Quien a otro sigue, no sigue nada. Nada halla porque nada busca. Que al menos sepa que sabe. Ha de imbuirse de sus actitudes, no aprender sus preceptos. Y que tengan la osadía de olvidar, si quiere, de dónde le vienen, más sabiendo apropiárselas. La verdad y la razón son patrimonio de cada uno y no pertenecen más a quien las ha dicho primero que a quien las dice después. No es más el parecer de Platón que el mío, pues tanto él como yo vémoslo y entendémoslo de igual manera. Las abejas picotean en esta y en aquella flor; mas después hacen con ello la miel que es de todas; ya no es ni tomillo ni mejorama; así transformará él las piezas tomadas de otro, fundiéndolas para hacer con ellas una obra totalmente suya, es decir, su juicio: su educación, su trabajo y su estudio no hacen más que formarlo.

Ensayos completos. Michel de Montaigne.

Ocurre que con frecuencia cada cual prefiere platicar acerca de la profesión de otros en lugar de la suya, considerando que ello supondrá la conquista de una nueva reputación. Un hombre de vocación jurídica, llevado días atrás a ver un despacho condimentado con toda clase de libros de su profesión y de todo tipo, no halló en él ocasiono alguna de plática. Mas detúvose a censurar dura y magistralmente una saetera situada sobre la escalera de caracol del estudio, con la que todos los días se topan cien capitanes y soldados sin percatarse ni escandalizarse.

Ensayos completos. Michel de Montaigne.

Nos esforzamos por llenar la memoria y dejamos vacío el entendimiento y la conciencia. Así como los pájaros van a veces en busca del grano y lo llevan en el pico sin probarlo para alimentar con él a sus polluelos, así nuestros maestros picotean la ciencia en los libros poniéndosela en el borde de los labios solamente, para desembucharla sin más, lanzándola al viento.

Guardamos las ideas y el saber de otros y nada más. Es menester hacerlos nuestros. Harto nos parecemos a aquel que, teniendo necesidad de fuego, se fue a buscarlo a casa del vecino y, hallando allí uno grande y hermoso, quedose allí calentándose sin acordarse ya de llevar un poco para su casa. ¿De qué nos sirve tener la panza llena de carne si no la digerimos? ¿Si no se transforma en nosotros? ¿Si no nos aumenta ni fortalece?

Tanto nos apoyamos en los brazos de los demás que anulamos nuestras fuerzas. ¿Que quiero armarme contra el miedo a la muerte? Hágolo a expensas de Séneca. ¿Que quiero tener consuelo para mí o para otro? Tómolo de Cicerón. Tomaríalo de mí mismo si me hubieran enseñado a ello. Nada me gusta esta inteligencia relativa y mendigada.

Ensayos completos. Michel de Montaigne.

De buen grado vuelvo a esa idea de la inepticia de nuestra educación. Ha tenido como fin hacernos, no buenos y sensatos, sino cultos: lo ha conseguido. No nos ha enseñado a perseguir y a abrazar la virtud y la prudencia, sino que nos ha grabado su derivación y etimología. Sabemos declinar virtud aunque no sepamos amarla: si no sabemos lo que es la prudencia en la realidad y la experiencia, lo sabemos por definición y de memoria. No nos contentamos con saber la raza, los parentescos y las alianzas de nuestros vecinos, queremos tenerlos todos como amigos y entablar con ellos cierta conversación y cierto entendimiento: nos ha enseñado las definiciones, las divisiones y particiones de la virtud, como los apellidos y las ramas de una genealogía, sin cuidarse para nada de entablar entre ella y nosotros alguna práctica de familiaridad y de trato privado. Ha escogido para nuestras enseñanzas, no los libros que encierran las ideas más sanas y verdaderas, sino aquellos que hablan el mejor griego y el mejor latín, y con esas hermosas palabras no ha vertido en el magín las ideas más vanas de la antigüedad.

Una buena educación cambia el juicio y las costumbres, como le aconteció a Polemón, aquel joven griego libertino, el cual, habiendo ido a escuchar por casualidad una lección de Jenócrates, no solo se percató de la elocuencia e inteligencia del lector, ni se llevó únicamente a su casa la ciencia de una hermosa materia, sino un fruto más evidente y sólido, que fue el repentino cambio y la enmienda de su vida anterior. ¿Quién sintió jamás semejante efecto de esta nuestra instrucción?

Ensayos completos. Michel de Montaigne.

La música del período clásico me resulta aburrida porque me recuerda a los cuadernos de "aprende a colorear". A los compositores de ese período no les dejaban hacer ciertas cosas porque se consideraba que estaban fuera de los límites de las regulaciones industriales que determinaban si la pieza es una sinfonía, una sonata o lo que sea. Todas las normas que se aplicaban en los viejos tiempos existían porque los que pagaban querían que las "canciones" que estaban comprando "sonaran de una forma determinada". El rey decía: "Te cortaré la cabeza si no suena así". El papa decía: "Te arrancaré las uñas si no suena así". El duque o quien fuera podría decirlo de otro modo, pero es lo mismo que hoy: "Tus canciones no saldrán en la radio si no suenan así". La gente que piensa que la música clásica es algo más elevado que la "música de radio" debería fijarse en su forma y en quién paga. Antiguamente eran este o que rey o papa. Hoy en día hay responsables de medios de comunicación, programadores de radio, pinchadiscos y ejecutivos de compañías: reencarnaciones banales de los capullos que moldearon la música del pasado. [...] El profesor tienen que enseñar a hacer todas esas cosas de los libros. Para conseguir un título tienes que escribir ejercicios demostrando que eres capaz de adecuarte a las necesidades de entretenimiento de reyes y papas muertos, y una vez lo has demostrado te dan un trozo de papel que dice que eres compositor. ¿A que resulta asqueroso?.

La verdadera historia de Frank Zappa. Memorias.

En general, creo que es un error intentar dividir distintos tipos de música en categorías pequeñas. No tiene por qué haber ningún nombre específico para los distintos tipos de música. Con el nombre de la banda es suficiente, ¿no? A veces oyes algo y dices: "Eh, suena bien", pero nuestra música es como esa lata de golosinas de ahí. Está todo mezclado. Es una mezcla de rock, blues y jazz, una música que se está desarrollando, que se está creando, una música del futuro. Si hay que ponerle un nombre, me gustaría que fuese "Sensaciones libres".

Me inspiraban muchas cosas a la vez -Muddy Waters, Jimmy Reed, Chet Atkins, B.B. King-. Me encantaban Howling Wolf y Elmore James, pero también, otras cosas - Richie Valens, Eddie Cochran y Summertime Blues-. Y también podría decirse que me influyeron Bob Dylan y Brian Jones. Escucho de todo, desde Bach hasta The Beatles. Dime, con toda esa mezcla, escuchando todo eso al mismo tiempo, ¿cómo te defines?

Me encantaban por lo que hacían, no por o que podía sacar de ellos o porque deseara ser como ellos. No copio lo que he escuchado. Como cuando eres un bebé, que estás acostumbrado a disfrutar de algo, no a usarlo, sino a disfrutarlo, y le sacas la sustancia hasta que creces y, después ya no vuelves a pensar en ello. Tienes que profundizar en todo y, después, sacar tus propias conclusiones. Si profundizas demasiado sin hacer nada, te acabarás deschavetando.

Empezar de cero. Jimi Hendrix.

Si la injusticia forma parte de la necesaria fricción de la maquinaria del gobierno, que siga, sí, que siga: quizá con el desgaste se suavice, y con toda seguridad la máquina acabará rompiéndose con el uso. Si la injusticia tiene un muelle, una polea, una manivela o una correa exclusivamente para ella, entonces tal vez puedas considerar si el remedio no será peor que la enfermedad; pero si es de naturaleza que requiere de ti que seas agente de la injusticia para con otro, entonces digo: Rompe la ley. Haz que tu vida sea una contrafricción para detener la máquina. Lo que tengo que hacer es observar, en cualquier circunstancia, que no me presto al mismo mal que condeno.

Sobre el deber de la desobediencia civil. Henry David Thoreau.

Toda votación es una especie de juego, como las damas o el backgammon con un débil matiz moral, un juego con el bien y el mal, con cuestiones morales; y el apostar lo acompaña naturalmente. La reputación de los votantes no está en juego. Deposito mi voto, quizá guiado por la justicia; pero no me concierte vitalmente que esa justicia deba prevalecer. Estoy dispuesto a dejar eso a la mayoría; cuya obligación, por consiguiente, nunca excede la de la conveniencia. Hasta votar por la justicia no significa hacer nada por ella: es tan solo expresar débilmente a los demás tu deseo de que debería prevalecer. Un hombre prudente no dejará la justicia en manos del azar, ni deseará que prevalezca mediante el poder de la mayoría. Hay poca virtud en la acción de las masas. Cuando al final la mayoría vote por la abolición de la esclavitud, será porque le es indiferente, o porque ya casi no quede esclavitud que ser abolida con su voto. Ellos serán entonces los únicos esclavos. Sólo puede apresurar la abolición de la esclavitud el voto de aquel que hace valer su propia libertad con su voto.

Sobre el deber de la desobediencia civil. Henry David Thoreau.

Las facultades humanas de percepción, juicio, discernimiento, actividad mental y hasta preferencia moral sólo se ejercitan cuando se hace una elección. El que hace una cosa cualquiera porque ésa es la costumbre no hace elección ninguna. No gana práctica alguna ni en discernir ni en desear lo que sea mejor. Las potencias mentales y morales, igual que la muscular, sólo se mejoran con el uso. No se ejercitan más las facultades haciendo una cosa meramente porque otros la hacen que creyéndola porque otros la creen. Cuando una persona acepta una determinada opinión, sin que sus fundamentos aparezcan en forma concluyente a su propia razón, esta razón no puede fortalecerse, sino que probablemente se debilitará; y si los motivos de un acto no están conformes con sus propios sentimientos o su carácter (donde no se trata de las afecciones o los derechos de los demás), se habrá ganado mucho para hacer sus sentimientos y carácter inertes y torpes, en vez de activos y enérgicos.

El que deje al mundo, o cuando menos a su mundo, elegir por él su plan de vida no necesita ninguna otra facultad más que la de la imitación propia de los monos. El que escoge por sí mismo su plan emplea todas las facultades. Debe emplear la observación para ver, el razonamiento y el juicio para prever, la actividad para reunir los materiales de la decisión, el discernimiento para decidir, y cuando ha decidido, la firmeza y el autodomínio para sostener su deliberada decisión. Y cuando más amplia sea la parte de su conducta, la cual determina según su propio juicio y sentimiento, más necesita y ejercita todas estas cualidades.

La naturaleza humana no es una máquina que se construye según un modelo y dispuesta a hacer exactamente el trabajo que le sea prescrito, sino un árbol que necesita crecer y desarrollarse por todos lados según las tendencias de sus fuerzas interiores, que hacen de él una cosa viva. Se dice que una persona tiene carácter cuando sus deseos e impulsos son suyos propios, es decir, son la expresión de su propia naturaleza, desarrollada y modificada por su propia cultura. El que carece de deseos e impulsos propios no tiene más carácter que una máquina de vapor.

Sobre la libertad. John Stuart Mill.

Quien sólo conozca un aspecto de la cuestión no conoce gran cosa de ella. Sus razones pueden ser buenas y puede no haber habido nadie capaz de refutarlas. Pero si él es igualmente incapaz de refutar las razones de la parte contraria, si las desconoce, no tiene motivo para preferir una u otra opinión. La posición racional para él sería la suspensión de todo juicio, y si no se contenta con esto, o se deja llevar por la autoridad, o adopta, como hace la generalidad, el partido por el cual siente mayor inclinación. Y no basta que oiga los argumentos de sus adversarios de la boca de sus maestros, presentados en la forma que ellos les den, y acompañados por los que ellos mismos ofrecen como refutación. No es ésta la manera de hacer justicia a tales argumentos ni de ponerlos en verdadero contacto con su propio espíritu. Debe poder oírlos de boca de aquellas personas que actualmente creen en ellos, que los defienden de buena fe y con todo empeño. Debe conocerlos en su forma más plausible y persuasiva, y sentir toda la fuerza de la dificultad que es necesario vencer para llegar a una opinión verdadera en la materia; de otra manera jamás se adueñará de la porción de verdad necesaria para hacer frente y remover esta dificultad.

El noventa y nueve por ciento de los hombres llamados educados están en esta situación; incluso aquellos que pueden argüir con soltura en defensa de sus opiniones. Su conclusión puede ser verdadera, pero por todo lo que ellos saben lo mismo podría ser falsa. Nunca se han colocado en la posición mental de aquellos que piensan de manera diferente que ellos ni han considerado lo que estas personas pueden tener que decir; y, por consiguiente no conocen, en el sentido propio de la palabra, la doctrina que ellos mismos profesan. Desconocen de ella aquellas partes que explican y justifican el resto, las consideraciones que muestran cómo un hecho, aparentemente contradictorio con otro, es conciliable con él, o que de dos razones, aparentemente fuertes, una debe ser preferida. Son extraños a toda esta parte de la verdad, la cual decide y determina el juicio de los espíritus bien informados; ésta es sólo conocida de aquellos que han oído igual e imparcialmente a las dos partes y tratado de ver sus razones a la luz más clara posible.

Sobre la libertad. John Stuart Mill.

¿Por qué se llega a tener verdadera confianza en el juicio de una persona? Porque ha tenido abierto su espíritu a la crítica de sus opiniones y de su conducta; porque su costumbre ha sido oír todo cuanto se haya podido decir contra él, aprovechando todo lo que era justo, y explicándose a sí mismo, y cuando había ocasión a los demás, la falsedad de aquello que era falso, porque se ha percatado de que la única manera que tiene el hombre de acercarse al total conocimiento de un objeto es oyendo lo que pueda ser dicho de él por personas de todas las opiniones, y estudiando todos los modos que puede ser considerado por los diferentes caracteres de espíritu. Ningún sabio adquirió su sabiduría por otro procedimiento; ni es propio de la naturaleza humana adquirir la sabiduría de otra manera. El hábito constante de corregir y completar su propia opinión comparándola con la de los demás, lejos de causar duda y vacilación al aplicarla en la práctica, es el único fundamento sólido de una justa confianza en ella: pues conocedor de todo lo que al menos obviamente puede decirse contra él y habiendo tomado su posición contra todos sus contradictores -sabiendo que ha buscado las objeciones, en vez de eludirlas, y que de ninguna parte ha podido obtener nueva luz que lanzar sobre el asunto-, tiene derecho a considerar su juicio mejor que el de cualquier otra persona o multitud que no le haya hecho pasar por un proceso semejante.

Sobre la libertad. John Stuart Mill.

Se necesita también protección contra la tiranía de la opinión y sentimiento prevalecientes; contra la tendencia de la sociedad a imponer, por medios distintos de las penas civiles, sus propias ideas y prácticas como reglas de conducta de aquellos que disientan de ellas; a ahogar el desenvolvimiento y, si posible fuera, a impedir la formación de individualidades originales y a obligar a todos los caracteres a moldearse sobre el suyo propio.

Hay un límite a la intervención legítima de la opinión colectiva en la independencia individual: encontrarlo y defenderlo contra toda invasión es tan indispensable a una buena condición de los asuntos humanos como la protección contra el despotismo político.

Sobre la libertad. John Stuart Mill.

Nadie puede ser un gran pensador sin reconocer que su primer deber como tal consiste en seguir a su inteligencia cualesquiera que sean las conclusiones a que se vea conducido. La verdad gana más por los errores del hombre que, con el estudio y la preparación debidos, piensa por su cuenta, que con las opiniones verdaderas de quien sólo las mantiene por no tomarse la molestia de pensar. No es que la libertad de pensar sólo sea necesaria para la formación de grandes pensadores. Al contrario, es tanto o más indispensable para que el promedio de los hombres pueda alcanzar el nivel intelectual de que sea capaz. Pueden haber existido y pueden volver a existir grandes pensadores en una atmósfera de esclavitud mental. Pero nunca se ha dado, ni se dará en esta atmósfera, un pueblo intelectualmente activo. Cuando en un pueblo se ha manifestado temporalmente este carácter ha sido debido a que durante un cierto tiempo quedó en suspenso el temor a la especulación heterodoxa. Cuando existe una convención tácita para que los principios no sean discutidos; cuando la discusión de las más grandes cuestiones que pueden preocupar a la humanidad se considera terminada, no puede abrigarse la esperanza de encontrar ese general y alto nivel de actividad mental que tan notables ha hecho algunas épicas de la historia.

Sobre la libertad. John Stuart Mill.

Si toda la humanidad, menos una persona, fuera de una misma opinión, y esta persona fuera de opinión contraria, la humanidad sería tan injusta impidiendo que hablase como ella misma lo sería si teniendo poder bastante impidiera que hablara la humanidad. Si fuera la opinión una posesión personal que sólo tuviera valor para su dueño; si el impedir su disfrute fuera simplemente un perjuicio particular, habría alguna diferencia entre que el perjuicio se infligiera a pocas o a muchas personas. Pero la peculiaridad del mal que consiste en impedir la expresión de una opinión es que se comete un robo a la raza humana; a la posteridad tanto como a la generación actual; a aquellos que disienten de esa opinión, más todavía que a aquellos que participan en ella. Si la opinión es verdadera se les priva de la oportunidad de cambiar el error por la verdad; y si es errónea, pierden lo que es un beneficio no menos importante: la más clara percepción y la impresión más viva de la verdad, producida por su colisión con el error.

Sobre la libertad. John Stuart Mill.

El despotismo de la costumbre es en todas partes el eterno obstáculo al desenvolvimiento humano encontrándose en incesante antagonismo con esa tendencia a conseguir algo mejor que la costumbre, denominada según las circunstancias, el espíritu de libertad o el de progreso o mejoramiento. El espíritu de progreso no es siempre el espíritu de libertad, pues puede tratar de imponer mejoramientos a un pueblo que no los desea; y el espíritu de libertad, en tanto que resiste estos intentos, puede aliarse, temporal y localmente, con los adversarios del progreso; pero la única fuente de mejoras, infalible y permanente, es la libertad, ya que, gracias a ella, hay tantos centros independientes de mejoramiento como individuos.

Sobre la libertad. John Stuart Mill.

Rechazamos, por tanto, la instrucción técnica en los instrumentos y en la ejecución, y por técnica entendemos la encaminada a las competiciones. En ésta el ejecutante no actúa con miras a su propia excelencia, sino al placer de los oyentes y éste suele ser vulgar. Por eso no consideramos esta actividad propia de hombres libres, sino de asalariados. Y realmente resulta degradante, puesto que malo es el blanco que toman como fin.

Política. Aristóteles.

Gregory Bateson, uno de los más penetrantes antropólogos de todos los tiempos, reputado por su habilidad a la hora de detectar tendencias culturales incipientes, embrionarias y apenas visibles, registró (hace más de medio siglo) la inminente “revolución educacional”. Existen tres niveles en la educación y el aprendizaje, escribió. El nivel primario y más bajo es aquel que Paola Mastrocola desearía: unos alumnos que repiten palabra por palabra lo que sus maestros les dicen. Un “aprendizaje maquinal”, memorizar, construir fortificaciones contra cualquier información transgresora o simplemente fuera del lugar, y por lo tanto considerada como irrelevante. Podríamos decir que esta es la producción de los “misiles balísticos” típicos. En un segundo nivel más alto, Bateson emplaza la formación de marcos cognitivos y de predisposiciones que permitan al alumno orientarse en cualquier situación, aunque no esté familiarizado con ella, y que permitan también la absorción, asimilación e incorporación de nuevos conocimientos. Esto, diríamos, es la clase de aprendizaje y educación que persigue la producción de “misiles inteligentes” (hoy día es así como se denominan: “inteligentes”). Sin embargo, Bateson sigue que existe un tercer nivel de aprendizaje, aún más elevado, que dominaría con maestría ese momento en el que los “informes anómalos” son demasiado numerosos como para ser rechazados como aberraciones y, por tanto, descartados. Es momento en que se hace necesaria una revisión radical del marco cognitivo para darles cabida y “darles un sentido”. Algo más tarde, Thomas Kuhn llamó a este momento “revolución científica” y apuntó a que todo progreso en el conocimiento está destinado a tropezar una y otra vez con esta clase de revoluciones. Yo diría que hoy todos estamos abocados a vivir en una condición de perpetua revolución. Nuestros conocimientos están en un estado de “revolución permanente”. Hasta donde alcanzo a comprender, y bajo esas condiciones, el modelo de enseñanza que propone Mastrocola es una receta que incapacita a los jóvenes en vez de capacitarlos para la tarea que supone ingresar en el grupo de los adultos. El invariable propósito de la educación era, es, y siempre seguirá siendo, la preparación de estos jóvenes para la vida. Una vida de acuerdo con la realidad en la que están destinados a entrar. Para estar preparados, necesitan instrucción, “conocimientos prácticos, concretos y de inmediata aplicación”, para usar la expresión de Tullio de Mauro. Y para ser “práctica”, una enseñanza de calidad necesita propiciar y propagar la apertura de la mente, y no su cerrazón.

Sobre la educación en un mundo líquido. Zygmunt Bauman.

Cuando yo era joven se me advertía: “lo que se aprende rápido, se olvida rápido”, pero éstas eran palabras que surgían de una sabiduría diferente, una sabiduría de una época que tenía en la más alta estima lo perdurable. Una época en que para demostrar su pertenencia a un elevado escalafón social, las personas de clase alta se rodeaban de objetos perdurables, y dejaban aquello que era transitorio para quienes estaban en escalones más bajos en la escala social. Era un tiempo en el que la capacidad para conservar, guardar, cuidar y preservar se valoraba mucho más que la (penosa, vergonzosa y lamentable) capacidad para desechar.

Ésta no es la clase de sabiduría que muchos de nosotros aprobaríamos hoy. Lo que un día fue meritorio hoy se ha convertido en algo defectuoso. En la cumbre jerárquica de aptitudes útiles y deseables, el arte de navegar sobre las olas ha sustituido al arte de sondear en las profundidades. Si olvidar velozmente es la consecuencia de un aprendizaje rápido y marginal, entonces ¡larga vida al aprendizaje rápido (corto, momentáneo, superficial)! Después de todo, si lo que necesitamos articular son observaciones de los sucesos que tendrían lugar mañana, la memoria de los sucesos que tuvieron lugar anteayer nos sería de muy poca ayuda. Y dado que la capacidad de la memoria, al contrario que la capacidad de los servidores, no puede ser ampliada, una buena memoria -es decir, una memoria que tuviera largo alcance- podría incluso restringir nuestra capacidad de procesar, absorber y acelerar la asimilación.

Sobre la educación en un mundo líquido. Zygmunt Bauman.

Lo que nos sirve como medida básica para evaluar nuestro lugar y nuestra calificación social en la carrera para alcanzar el éxito en la vida es el grado de nuestra actividad como compradores y la facilidad con que desechemos un objeto de consumo para reemplazarlo con otro “nuevo y mejor”. Buscamos una solución en las compras y tiendas cada vez que necesitamos alejarnos de los problemas, al igual que lo hacemos cuando vamos en busca de satisfacciones. Desde la cuna hasta la sepultura se nos entrena y ejercita para que nos acerquemos a las tiendas, como si éstas fueran farmacias repletas de drogas que sanan o cuando menos mitigan todas las enfermedades y aflicciones de nuestras vidas personales, y de nuestra vida en común. En consecuencia, las tiendas y la acción de comprar adquieren una dimensión escatológica plena y verdadera. Expresado con las famosas palabras de George Ritzer, los supermercados son nuestros templos. Y yo añadiría, la lista de la compra es nuestro breviario, mientras que los paseos por los centros comerciales se han convertido en nuestros peregrinajes. Nuestras emociones más intensas consisten en comprar de forma impulsiva y luego librarnos de las posesiones que ya no son lo suficientemente atractivas, para en su lugar colocar unas que nos resulten más atractivas. La plena satisfacción del placer del consumidor significa la plenitud vital. Compró, luego soy. Comprar o no comprar, ésta es la cuestión.

Para los consumidores imperfectos, estos “no poseedores” contemporáneos, no comprar es el irritante estigma de una vida no realizada, una vida de vacío que no es buena para nada. Significa no sólo la ausencia de placer, sino también la ausencia de dignidad humana. La falta de sentido de la vida y, en última instancia, de humanidad y de cualquier otra base en la que fundamentar el propio respeto y el respeto de quienes nos rodean.

Sobre la educación en un mundo líquido. Zygmunt Bauman.

Quien conoce la verdad debe atacar el error, debe hablar, su silencio le hará cómplice de los impostores cuyas mentiras y halagos cubren la tierra de desgraciados: por ello creará que sirve el género humano al desengañarlo de sus quimeras, al reducir a los seductores al silencio, al mostrar a los pueblos sus derechos incontestables, a los reyes sus intereses y deberes, y a los ciudadanos las costumbres necesarias para la felicidad.

Ensayo sobre los prejuicios. Holbach.

Entre los seres que se llaman racionales por excelencia hallamos muy pocos que hagan uso de la razón. Todo el género humano, de generación en generación, es víctima de toda clase de prejuicios. Reflexionar, tener en cuenta la experiencia, ejercitar la razón, aplicarla a la conducta, son ocupaciones desconocidas para la mayoría de los mortales. Pensar por sí mismos es para la mayor parte de ellos un trabajo tan penoso como poco habitual; sus pasiones, negocios, placeres, temperamentos, pereza y disposiciones naturales les impiden buscar la verdad. Es raro que sientan con suficiente intensidad el interés que tienen por descubrirla para ocuparse seriamente en buscarla. Les resulta más cómodo y rápido dejarse llevar por la autoridad, el ejemplo, las ideas manidas, los usos establecidos y la costumbres maquinales.

La ignorancia vuelve a los pueblos crédulos, su inexperiencia e incapacidad los obligan a poner una confianza ciega en quienes se arrogan el derecho exclusivo a pensar por ellos, regular sus opiniones y fijar su conducta y su suerte. Acostumbrados así a dejarse guiar, se encuentran en la imposibilidad de saber a dónde se les lleva y averiguar si las ideas que les inspiran son verdaderas o falsas, útiles o dañinas. Los hombres que tienen el poder de regular los destinos de otros están siempre tentados de abusar de su credulidad y hallan normalmente ventajas momentáneas en engañarlos. Están interesados en perpetuar sus errores o su inexperiencia, se sienten en la obligación de deslumbrarlos y confundirlos, de hacerles ver el peligro de pensar por sí mismos y tener en cuenta a la razón; califican de inútiles, delictivas y perniciosas las investigaciones que podrían hacer, calumnian a la naturaleza y la razón y las hacen pasar por guías infieles; en suma, a base de terrores, misterios, oscuridades e incertidumbres logran asfixiar en los hombres el deseo mismo de buscar la verdad, oprimen a la naturaleza bajo el peso de su autoridad y someten la razón al yugo de su fantasía. Si los seres humanos sienten los males y se quejan de las calamidades que sufren, sus guías los engañan hábilmente y les impiden remontarse hasta el verdadero origen de las penas, que se encuentran siempre en sus nefastos prejuicios.

Ensayo sobre los prejuicios. Holbach.

Cuando un padre advierte a su hijo de que tenga cuidado con el fuego y le dice que puede causarle dolor, le anuncia una verdad que la experiencia le ha dado a conocer. Este niño, que sólo es imprudente por falta de experiencia, ¿no está interesado en aprender una verdad de la que depende su seguridad? Cuando un filósofo enseña a los pueblos que la superstición es un fuego devorador que suele terminar produciendo grandes incendios en los pueblos y llevándolos a destruirse por completo, ¿no les descubre una verdad confirmada por la experiencia de muchos siglos? Cuando un sabio dice a los soberanos y sus súbditos que el poder absoluto es un arma muy peligrosa tanto para unos como para otros, ¿no les anuncia una verdad fundada sobre una larga experiencia, la cual prueba que bajo un gobierno semejante el déspota, privado de un poder real, gobierna sobre amplias soledades y sólo es obedecido por esclavos apesadumbrados que tarde o temprano echarán en cara al tirano las desgracias que sufren?

Quienes sostienen que no hay que anunciar la verdad a los hombres tienen más o menos este razonamiento: “El fuego es necesario para los hombres, este elemento les produce grandes beneficios; por tanto, no hay que indicarles sus peligros, es mejor que estén expuestos a perecer a cada instante por la imprudencia que estar en guardia contra un elemento destructor, el cual produce grandes beneficios si se usa como es debido. La opresión es un terrible mal para los pueblos, la justicia y la libertad son necesarias para su bienestar, pero no conviene advertirles sobre los males que les produce la opresión ni indicarles los remedios. Esto supondría revelarles una verdad molesta que les repugnaría de un mal gobierno: cuando los hombres son desdichados, más vale que continúen siéndolo antes que indicarles el modo de mejorar su suerte”.

Ensayo sobre los prejuicios. Holbach.

Pero ya sabemos que haciendo esto o lo otro llegaremos a ser esto o lo otro; sabemos que al realizar un acto realizamos y nos apropiamos una posibilidad de ser: si amamos, nos hacemos amantes; si hacemos justicias, nos hacemos justos. A través de los actos que pasan va decantándose en nosotros algo que permanece. Y eso que permanece, el sistema unitario de cuanto, por apropiación, llega a tener el hombre es, precisamente, su más profunda realidad moral.

Ética. José Luis L. Aranguren.

Mantenerse en la verdad -vivir en la verdad y decirla- y en la libertad, en lucha contra la presión social de un mundo que se aparta de ellas por su incapacidad para soportar la verdad y por su “miedo a la libertad”, es prueba de la virtud de fortaleza. Los hombres consideran que la verdad y la libertad constituyen una carga demasiado pesada para llevarla sobre sus hombros y abdicar con gusto de ella a cambio de una “seguridad” aparente y de que otro elija por ellos. Pero, por lo mismo, para que su “seguridad” sea tal, necesitan acallar la “mala conciencia” de su alienación, y de ahí que no permitan la proclamación de la verdad ni la llamada a la libertad. Y, sin embargo, la veracidad, el decir la verdad y la libertad interior, virtudes para todos, aunque pocos las posean, nos interesan especialmente aquí porque son constitutivas de la auténtica existencia filosófica. El filósofo, y especialmente el filósofo moral, es el que toma sobre sí, a todo riesgo, el peso de la conciencia y el de la enseñanza de la elección moral y libre. Esto y no otra cosa es, en su contextura moral, la filosofía.

Ética. José Luis L. Aranguren.

El condicionamiento de la libertad por la vida es, pues, triple: condicionamiento psicobiológico, “naturalización” de la libertad, pues ésta no es la despedida de la naturaleza, sino que emerge, precisamente de la naturaleza; condicionamiento por el situs, por la situación: ahora ya no está en mi mano dar a mi vida una orientación perfectamente posible hace veinte años; quien ha fundado una familia ya no puede volverse atrás y dedicarse a la vida monástica. La situación concreta nos arrebató una porción de posibilidades y nos impone en cambio deberes ineludibles. Cada hombre pudo haber sido muy diferente de lo que es, pero pasó ya la oportunidad, el kairós para ello. Y, en fin, en tercer lugar, condicionamiento por el habitus. Los hábitos que hemos contraído restringen nuestra libertad, nos empujan a estos o a los otros actos. Virtudes y vicios son cualidades reales, impresas en nosotros. Los hábitos fueron voluntarios en cuanto a su generación aun cuando ahora no lo sean. Por eso la responsabilidad principal recae no sobre el acto cometido hoy, sino sobre el hábito contraído ayer, que nos inclina a él. La vida moral es una totalidad indivisible.

Ética. José Luis L. Aranguren.

El hábito es verdad que quita libertad actual, pero también la da: gracias a la fijación mecánica de una parte de la vida, a la creación de una serie de automatismos, puede el hombre quedar disponible y libre para lo realmente importante.

Ética. José Luis L. Aranguren.

Cuando un individuo ingresa en una masa adquiere, según Le Bon, un nuevo ser porque se disuelve su yo individual y participa de un yo nuevo, el alma colectiva. Entrar en la masa es como salir de la civilización moderna y regresar a los tiempos primitivos de los bárbaros.

Le Bon describe los sentimientos y las creencias del hombre poseído por la multitud. Ese individuo en la masa abandona las facultades racionales y se entrega al poder del inconsciente, donde actúa siempre un fenómeno de sugestión, contagio o imitación. El individuo en la masa concibe un sentimiento de un inmenso poder (el que da el número) acompañado de una liberadora sensación, porque la responsabilidad se diluye en la masa no individual. El alma colectiva es una fuerza poderosa irracional, voluble, cambiante, brutal. Los individuos, perteneciendo a la masa, toman decisiones que no tomarían por separado, y que pueden ser contrarias a sus intereses singulares. La personalidad de cada individuo cambia hasta el punto de poder llegar a ser inversa por completo. El individuo dentro de la masa es idéntico a una persona hipnotizada que ha perdido su ser individual-consciente. Anida en la masa un instinto profundamente conservador: sus explosiones revolucionarias son efímeras, la masa se cansa de sus desórdenes y pronto desea la servidumbre y el sometimiento.

Imitación y experiencia. Javier Gomá Lanzón.

La maestría del buen artesano estriba en la habilidad para reproducir en la copia la forma misma del modelo, lo que requiere el dominio absoluto de la técnica: aquí el ejemplo o copia no añade nada esencial al modelo y por ello no es él mismo modelo en modo alguno. En cambio, el verdadero artista escoge un modelo sólo como pretexto para su inspiración y produce una obra -un cuadro o poema- que, si en verdad merece la consideración de artística, no reproduce ni plagia estérilmente el modelo sin añadirle nada, sino que constituye una creación original y nueva. Es cierto que el arte requiere el dominio de una técnica y que la técnica se aplica a veces a hacer meras reproducciones de arte, pero puede distinguirse y siempre se ha hecho entre uno y otro.

Por lo tanto, para el artista el modelo sirve sólo de ocasión para el aprendizaje técnico y de motivo para la inspiración personal. Las figuras del lienzo -el retrato, el grupo, el fondo paisajístico- no son reproducciones o réplicas de lo dado en la Naturaleza, como meros ejemplos de un modelo superior, sino que presentan un valor propio y autónomo; por su parte, la Eneida es algo más que una copia de la Odisea. Ciertas obras, aunque lejanamente imitaron otras anteriores o acaso un objeto de la Naturaleza, se tornan al cabo, debido a su perfección, en modelos de imitación para los demás y entonces el ejemplo viene a ser modelo por absorción de la normatividad de éste. En efecto, a ciertas obras artísticas -esculturas, composiciones pictóricas, dramas, poemas, etcétera- se las reconoce una perfección ejemplar y se las considera permanentemente dignas de ser tomadas como patrón y pauta del auténtico y buen arte, como si encerrasen la norma secreta de la creación artística.

Imitación y experiencia. Javier Gomá Lanzón.

La imitación se mueve en una familia de significados tales como modelo, prototipo, ejemplo, e indica una semejanza y analogía ontológica entre un modelo y su copia. El seguimiento se refiere, en primer lugar, a una situación histórica y concreta en la que una persona va detrás de otra, pisa sus huellas; en un sentido más amplio, evoca una comunidad de destino entre los seguidores y el maestro, el mesías, el caudillo. El seguidor sigue al maestro y comparte su destino y su vida, pero no lo imita, porque imitar al maestro implica querer ser maestro como éste es, igualarse a él, y el discípulo no se atreve a ser maestro hasta que justamente se sienta capaz de abandonar el seguimiento y emprender él mismo un camino independiente del maestro. Por consiguiente, la imitación indica una igualación metafísica entre dos términos, el modelo y la copia, en tanto que el seguimiento sugiere una relación dinámica entre sujetos diferentes que comparten un destino vital.

Imitación y experiencia. Javier Gomá Lanzón.

Los hombres vivimos en un horizonte de modelos; sin poder evitarlo, desde antes de ser sujetos, nuestro yo está expuesto a la influencia de las conductas de los otros y ésta no cesa cuando el hombre adquiere una subjetividad autónoma. Por otra parte, no podemos evitar tampoco ser modelo constante para los demás y que nuestro comportamiento se les ofrezca a éstos como ejemplo o antiejemlo. Somos ejemplos rodeados de ejemplos, envueltos en una red de influencias recíprocas.

Imitación y experiencia. Javier Gomá Lanzón.

Y, ciertamente, que uno esté nadando en el placer y en los deleites mientras los demás gimen y se lamentan por todas partes, esto no es ser guardián de un reino sino de una cárcel. En fin, así como el que no sabe curar una enfermedad más que con otra enfermedad es un medico absolutamente incompetente, de igual manera el que no ha aprendido a corregir la vida de los ciudadanos por otro camino que privándoles de las satisfacciones de la vida, este que confiese que no sabe gobernar a hombres libres; que enmiende mejor su propia incompetencia, o su petulancia, pues a estas taras se debe exactamente que el pueblo le desprecie u odie.

Utopía. Thomas More.

Mientras pretendía mejorar mi lenguaje, di con una gramática inglesa (creo que la de Greenwood) al final de la cual había dos pequeños apéndices sobre las artes de la retórica y la lógica, el último de los cuales acababa con un ejemplo de discusión según el método socrático. Poco después me procuré los "Recuerdos de Sócrates" de Jenofonte, donde hay muchos ejemplos del mismo método. Me encantó, lo adopté, abandoné mi actitud de abrupta contradicción y la argumentación tajante y asumí la del investigador humilde y dudoso. Y al haberme convertido entonces, tras leer a Shaftesbury y Collins, en un verdadero escéptico en muchos aspectos de nuestra doctrina religiosa, hallé que este método era muy seguro para mí y muy embarazoso para mis interlocutores por lo que me deleitaba con él, lo practicaba continuamente y me volví habilidoso y experto en arrastrar aun a las personas de conocimiento superior a hacer concesiones cuyas consecuencias no preveían, enredándolas en dificultades de las que no podían librarse, y obtenía victorias que no siempre merecíamos mi causa o yo. Continué con este método durante algunos años, pero lo abandoné gradualmente y retuve solo el hábito de expresarme en términos de la más modesta desconfianza, sin usar nunca, cuando aventuraba algo posiblemente discutible, las palabras ciertamente, indudablemente, y otras que dieran aire de seguridad a una opinión; más bien decía entiendo o comprendo que una cosa sea así o asá, me parece o debería creerlo así o asá por tales o cuales razones, o supongo que es así, o es así si no estoy equivocado. Creo que este hábito ha sido muy ventajoso para mí cuando he tenido oportunidad de inculcar mis opiniones o persuadir a los hombre de medidas que de vez en cuando me comprometía a promover. Y como los verdaderos fines de la conversación son informar o ser informado, agradar o persuadir, quisiera que los hombres sensatos bienintencionados no disminuyeran su capacidad de hacer el bien por una presumida y tajante manera que rara vez deja de disgustar, tiende a crear oposición y a derrotar los propósitos con los que se nos ha concedido la lengua, es decir, dar o recibir información o placer. Pues si informas, aventurar tu parecer de manera dogmática y tajante puede provocar contradicción e impedir una atención imparcial. Si deseas información y mejora del conocimiento por parte de los otros y, sin embargo, a mismo tiempo te expresas con una firmeza inamovible en tus opiniones, los hombres modestos y sensatos que no aman la disputa probablemente te dejen en paz en posesión de tu error y, por tal manera, rara vez podrás pretender agradar a tus oyentes o persuadir a aquellos cuya concurrencia deseas.

Autobiografía. Benjamin Franklin.

Mi lista de virtudes contenía al principio solo doce. Sin embargo, un amigo cuáquero me informó amablemente de que se me consideraba orgulloso, de que mi orgullo se mostraba frecuentemente en la conversación, de que no me contentaba con llevar razón en las discusiones, sino que era autoritario y bastante insolente, de lo que me convenció al mencionar varios ejemplos; así que decidí esforzarme para curarme si podía de este vicio o locura entre los demás y añadí la humildad a mi lista, dando un extenso significado a la palabra. No puedo jactarme del gran éxito de haber adquirido la realidad de esta virtud, pero había logrado algo con su apariencia. Hice una regla del abstenerme de contradecir directamente a los otros y de afirmar nada de forma categórica. Incluso me prohibí, conforme a las viejas leyes del Junto, usar toda palabra o expresión de la lengua que supusiera una opinión fija, tales como “ciertamente”, “indudablemente”, etc., y adopté en su lugar otras como “concibo” o “imagino” que esto es así o asá, o así me lo parece por ahora. Cuando otro afirmaba algo que consideraba un error, me negaba el placer de contradecirle abruptamente y de mostrar de inmediato lo absurdo de su proposición y, al responder, comenzaba observando que en ciertos casos o circunstancias su opinión sería correcta, pero que en el caso presente me “parecía” o “pensaba” que había alguna diferencia, etc. Pronto descubrí la ventaja de este cambio en mis modales. Las conversaciones en las que participé resultaban más gratas. La modesta manera en que proponía mis opiniones les procuraba una recepción más pronta y menos contradictoria. Me mortificaba menos cuando me equivocaba y convencía más fácilmente a los otros de que renunciaran a sus errores y se unieran a mí cuando acertaba. Este proceder, que asumí al principio con cierta violencia respecto a mi inclinación natural, al final se volvió tan fácil y tan habitual para mí, que tal vez durante estos pasados cincuenta años nadie haya oído que se me escape una expresión dogmática. A este hábito (junto a mi carácter íntegro) creo que se debe principalmente que haya tenido pronto tanto peso entre mis conciudadanos cuando proponía nuevas instituciones o alteraciones en las viejas y tanta influencia en las reuniones públicas de las que he sido miembro. Porque era un mal orador, nada elocuente, sujeto a muchas dudas en la elección de mis palabras, ni muy correcto en la lengua y, sin embargo, lograba mis objetivos.

En realidad tal vez ninguna de nuestras pasiones naturales sea tan difícil de subyugar como el orgullo. Podemos disfrazar, luchar con ello, golpearla, ahogarla, mortificarla cuanto queramos, y sigue viva, de vez en cuando asomará y se mostrará. Tal vez la veáis a menudo en esta historia. Porque, aun cuando pudiera concebir que la he superado por completo, probablemente me enorgullecería de mi humildad.

Autobiografía. Benjamin Franklin.

Aprender no solo es percibir y alcanzar el significado de lo percibido y su memorización, sino fundamentalmente asociar percepciones o ideas y encontrar en ellas nuevos significados. Aprender no es como un “rayo”, una sacudida que de pronto con su luz ilumina el significado de lo aprendido. Aprender es un laborioso proceso que necesita de un tempo pausado, necesario, compuesto de multitud de ingredientes cognitivos, entre ellos la emoción, que permiten realizar esa tarea y alcanzar el significado de lo que se intenta aprender. Pero aun tras haber alcanzado esto, todavía se requiere de un largo proceso de clarificación y limpieza de errores. Esta clarificación exige de la repetición constante de lo aparentemente aprendido, rectificando con ello los equívocos y errores que se cometen. Por eso aprender, aprender bien, requiere potenciar en los niños, y no solo permitir, que se equivoquen solos. El error, el equívoco, debe considerarse parte o ingrediente fundamental del propio proceso de aprendizaje, pues sin errores y su rectificación constante no hay verdadero aprendizaje. Es más, sin error y su rectificación no hay creatividad, que es el máximo de lo que nos permite aprender algo nuevo.

Neuroeducación. Francisco Mora.

Internet y las redes sociales son el producto hoy de una locura colectiva en la que los intercambios humanos se realizan a grandes velocidades. Crecer rápido, obtener recompensas rápido, preguntar y contestar rápido, aceptar o rechazar propuestas rápido, ganar protagonismo individual rápido, ganar dinero rápido, obtener placer rápido. Todo requiere hacerse rápido para poder hacer más cosas en un tiempo físico que es el que es. Esto lleva a reducir el tiempo que se dedica a cada cosa, incluido el tiempo dedicado a las relaciones humanas. Pero, ¿de dónde y qué ha hecho que la humanidad haya entrado en esa vorágine, en esa locura que requiere, a su vez, una renovación de todo lo que nos rodea? ¿No es la consecuencia de todo esto una desafección, una falta de “tiempo real” para las relaciones humanas con las que poder desarrollar ese núcleo tan fundamental que es la empatía, y aprender y conocer “al otro real” y no “al otro digital”? Comienza a notarse lejanía y de ahí Twitter y Facebook, cuyo éxito estriba en que compensan la falta de afecto personal hacia la persona “real” convertida esta vez en “sombra” que no se toca ni se huele ni se ve ni se oye en su auténtica dimensión humana, dando lugar a la construcción de un ser “cibernético” del que tenemos necesidad, pero necesidad “rápida”. ¿No estamos violando con internet los códigos “saludables”, construidos a lo largo de millones de años, de nuestros cerebros? ¿Acaso todo esto no influirá en la enseñanza y la educación? Es cierto que navegar en internet necesita de un foco de atención muy corto y siempre cambiante, y ello puede ir en detrimento del desarrollo de una atención sostenida, ejecutiva, que es la que se requiere para el estudio. De hecho, empieza a hablarse de una nueva forma de atención producida por internet. Y esto no es baladí, pues ya conocemos los varios tipos de atención con circuitos neuronales específicos y es posible que el entrenamiento excesivo de unos pudiera ir en detrimento del funcionamiento de los otros y, en consecuencia, afectar los procesos de aprendizaje y memoria. Es más, se ha sugerido que todo ello pudiera reducir el tiempo que queda para dedicar al pensamiento reposado, lento, profundo y verdaderamente creativo.

Neuroeducación. Francisco Mora.

Hoy sabemos que hay maestros con larga experiencia y profundos conocimientos que fallan en sus enseñanzas por falta de empatía y habilidades de comunicación social, lo que lleva a algunos niños, desde ese naciente impulso a aprender, a terminar con un apagón en el interés por las materias. En cambio hay otros maestros que, sin tanto conocimiento e incluso significativamente menos conocimientos, abren la mente de los niños, los inspiran, los vuelven curiosos por el conocimiento, gracias a sus cualidades para la empatía o porque han cuidado y ampliado sus habilidades sociales y de comunicación. La empatía, pues, el acercamiento emocional, es la puerta que abre el conocimiento y, con él, la construcción de un buen ser humano.

Neuroeducación. Francisco Mora.

En la escuela se aprende no solo a leer, escribir y hacer cálculo y matemáticas, sino a convivir, a vivir temprano en sociedad y sacar con ello otros aprendizajes que son los que permiten luego una buena adaptación social. Por eso se dice que la función de las escuelas no solo es instructiva, sino educativa. Aprender, memorizar y relacionarse con los demás es adquirir capacidades y habilidades que sirvan dentro y fuera del colegio. Aprender en la escuela es como adquirir una fluidez en la cadena de pensamientos y emociones que nos conducen a la toma final de una decisión social. Que nos conducen a controlar nuestras conductas y acciones. A controlar nuestras respuestas emocionales. Que en definitiva refiere a esas funciones ejecutivas o control de uno mismo, o, si se quiere, a tener un control sobre lo que se piensa, se siente y se hace.

Neuroeducación. Francisco Mora.